ENCICLOPEDIA VISUAL DE LAS

GRANDES BATALLAS

DE LA HISTORIA DEL MUNDO

3



Editorial

ENCICLOPEDIA VISUAL DE LAS

GRANDES BATALLAS

DE LA HISTORIA DEL MUNDO

3


72

ENCICLOPEDIA VISUAL DE LAS

GRANDES BATALLAS

DE LA HISTORIA DEL MUNDO

3

John Macdonald

Editorial
Rombo

Dirección editorial:
Julián Viñuales

Coordinación editorial:
Julián Viñuales, Jr.

Dirección técnica:
Pilar Mora

Coordinación técnica:
Miguel Ángel Roig

Diseño cubierta:
Hans Geel

Traducción:
Gearco

Fotocomposición:
Alfonso Lozano

Título original:
Great Battlefields of the World

Publicado por:
Editorial Rombo, S. A.
Muntaner, 371
08021 Barcelona

ISBN: 84-86579-14-7 (Volumen 3)
84-86579-12-0 (Obra completa)

Impresión:
Rotocayfo, S. A (27-9-94)
Santa Perpètua de Mogoda (Barcelona)

Depósito Legal: B. 29251-94

Printed in Spain

SUMARIO

Solferino/ *24 de junio de 1859*

Nadie hubiera podido prever el efecto que el horror de la batalla de Solferino tendría sobre los países civilizados. En principio, la matanza que tuvo lugar en ese teatro de operaciones el 24 de junio de 1859 sólo fue considerada como una derrota más de los austríacos, pero en ella tuvo su origen la Cruz Roja Internacional.

La guerra fue impulsada por el astuto Camilo de Cavour como preludio de la creación de una Italia independiente y unificada. Cavour era primer ministro del reino de Piamonte-Cerdeña en el que reinaba Víctor Manuel II, quien ya había intentado inútilmente en 1848 alcanzar este objetivo con sus propios medios. Cavour firmó una alianza con Francia con objeto de asegurarse su apoyo militar en el curso del conflicto que, de forma inevitable, plantearía la cuestión de la soberanía sobre las regiones de la Lombardía y el Véneto.

Cavour encontró en Napoleón III un aliado bien dispuesto. El Emperador soñaba con imitar las proezas bélicas de su tío Napoleón I y, además, obtendría buenos beneficios: Piamonte debería ceder a Francia las regiones de Niza y Saboya.

A mediados de abril de 1859, los belicosos piamonteses hicieron que los austríacos perdieran la paciencia. El 22 de abril, la víspera de la expiración del ultimátum de Francisco José por el que exigía la desmovilización de las tropas del Piamonte, Napoleón III envió sus tropas al país a tiempo para hacer frente a la ofensiva austríaca. Algunos regimientos franceses llegaron por mar a Génova pero, por primera vez en la historia, se realizó un movimiento considerable de tropas hacia el teatro de operaciones esencialmente por ferrocarril. Sin alterar en absoluto los horarios civiles, los ferrocarriles franceses consiguieron transportar rápidamente más de 8.000 hombres y 500 caballos al día.

El 17 de mayo, 100.000 franceses y 50.000 piamonteses, con 400 cañones, se desplegaron sobre un frente de 80 km al norte de Alejandría; se enfrentaban a 120.000 austríacos, que contaban con 480 piezas de artillería. Tres días más tarde, el ejército francopiamontés realizó un avance y entró en contacto con el

La batalla se entabló el 24 de junio a las 6,00 horas, pero la acción no se inició hasta el mediodía cuando, bajo un sol abrasador, la infantería francesa ocupó Solferino, posición que los austríacos habían defendido de forma encarnizada, así como sus accesos y las abruptas pendientes que ascendían hacia el pueblo, situado en la cima de la colina.

La torre y el castillo de Solferino **(1)** dominaban el pueblo, ocupado por fuerzas considerables de infantería **(2)** y de artillería **(3)** austríacas.

Un bombardeo de las posiciones austríacas **(4)**, demostró la superioridad de la artillería francesa.



Napoleón III debía buscar en el exterior la gloria militar que le permitiera mantener en el interior su frágil legitimidad. En este sentido, decidió eliminar la influencia austríaca en el norte de Italia y apoyar las aspiraciones piamontesas. Mediante un tratado secreto se comprometió a apoyar al rey del Piamonte, quien movilizó sus tropas en marzo de 1859. Los austríacos exigieron la desmovilización inmediata y en abril, tras la negativa de Víctor Manuel, invadieron el país. Napoleón III aprovechó la ocasión para intervenir. Los invasores sufrieron un primer fracaso en Montebello, pero el Emperador, jefe militar mediocre, no supo evitar la confusión posterior.

Sin embargo, una serie de batallas indecisas permitieron rechazar a los austríacos, quienes se retiraron al impresionante cuadrilátero defensivo de Mantua-Pescara-Verona-Legnano, donde se reagruparon y, antes de estar suficientemente preparados, se aventuraron a una confrontación con los franceses.



La batalla principal del breve conflicto austro-franco-piamontés se libró sobre un frente de 25 km, a un lado y otro de Solferino, en el norte de Italia.

Las columnas francesas trepaban en medio del polvo y de un calor abrasador por las pendientes de la colina y se lanzaron sobre los defensores de Solferino. Entre las 13,00 y 14,00 horas, la Guardia Imperial **(5)** cargó y se apoderó del monte de los Cipreses **(6)**, a la derecha del pueblo. Toda la línea austríaca comenzó entonces a romperse.

Cuando la Guardia hubo ocupado el monte de los Cipreses, la infantería de línea, en el ala izquierda, consiguió romper el dispositivo defensivo austríaco en el cementerio **(7)** y entró en el pueblo, donde hizo numerosos prisioneros.

Los senderos que llevaban a Solferino tras las líneas austríacas **(8)**, estaban bajo el fuego artillero de los franceses, lo que impedía la llegada de refuerzos.

A pesar de su excelente apoyo artillero, los franceses pagaron muy caro sus asaltos contra Solferino. Los muertos y heridos **(9)**, caídos sobre la pendiente, muestran de forma clara que sus cerradas filas se convirtieron en una fácil presa para los austríacos.

2

3

4

6

5

enemigo en Montebello. Durante el mes siguiente, una serie de acciones de escasa entidad y una batalla entablada en Magenta le permitió adentrarse en la Lombardía.

El 23 de junio, Napoleón III y los franceses, con Víctor Manuel y sus piamonteses a su izquierda, se encontraban a lo largo del río Chiese y se preparaban para perseguir a los austríacos al día siguiente. Se suponía que éstos defenderían una línea detrás del Mincio que se extendía desde Pescara, sobre el lado Garda, al norte, hasta la ciudad fortificada de Mantua, al sur. Pero ahora, al disponer de refuerzos y con el propio Francisco José al mando, se encontraban preparados para pasar a la ofensiva; por ello vadearon el río y ocuparon una serie de alturas, en donde la ciudad de Solferino se encontraba en el centro de su línea.

Finalmente, el 23 de junio, observadores en globo por encima de las líneas francesas vieron nubes de polvo en la orilla oeste del Mincio, pero Napoleón III consideró que sólo se trataba de un destacamento de patrulla. El 24, la vanguardia francesa topó con patrullas austríacas que regresaban a sus líneas, al sur del lago Garda, en las primeras horas del día.

El ataque francés sobre el ala derecha enemiga comenzó poco después de las 6,00 horas. Cuando Napoleón III llegó al lugar, hora y media más tarde, la acción ya se había entablado y en ella participaban 15.000 hombres por cada lado. A las 10,30 horas, los franceses ocuparon Medole, sobre la izquierda austríaca, pero no realizaron ningún otro progreso. En el centro, los austríacos mantenían sus posiciones y, en su ala izquierda, el cuerpo del general Benedek resistía los reiterados asaltos de todo el ejército piamontés. Napoleón III, temeroso de la llegada de importantes refuerzos austríacos por el sur que podrían rodear su vulnerable flanco izquierdo, decidió atacar el centro austríaco en Solferino. Sus baterías bombardearon el pueblo y después la infantería se lanzó al asalto, encabezada por la Guardia Imperial. Finalmente, a las 14,00 horas y tras librar duros combates bajo un calor abrasador, los franceses se apoderaron de Solferino y penetraron en las líneas austríacas.

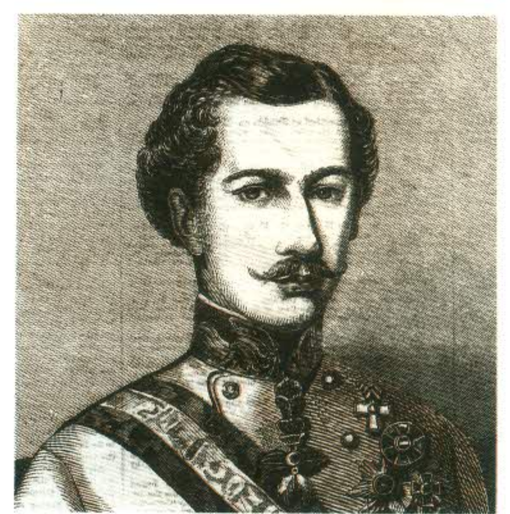
Negras nubes aparecieron en el cielo. Benedek se mantenía en sus posiciones en el flanco derecho austríaco, pero en el ala izquierda, en la que se asistía a una verdadera matanza, los franceses obligaron a los austríacos a ceder terreno. En el centro, después de Solferino, los austríacos evacuaron Cavriana. Al mismo tiempo, se desató una terrible tormenta que prácticamente detuvo todas las operaciones.

Cuando la lluvia hubo cesado, todo el ejército austríaco se encontraba en plena retirada franqueando el Mincio.

Las pérdidas por ambos bandos se elevaron a más de 40.000 muertos, de ellos 17.000 franceses, 5.000 piamonteses y 22.500 austríacos. Napoleón III telegrafió a la emperatriz: «Gran batalla, gran victoria.» Pero el campo de batalla se encontraba cubierto por miles de heridos y agonizantes.



Napoleón III (1808-1873), primero príncipe-presidente, consolidó su poder tras el golpe de estado del 2 de diciembre de 1851. Un año más tarde, proclamó el Imperio. Intentó reforzar su régimen con sus éxitos en política exterior, lo que le llevó a concertar una alianza con Inglaterra y a la guerra de Crimea. En 1859 declaró la guerra a Austria. En realidad, el Emperador era indeciso, irresoluto, dominado por la emperatriz, y su prestigio reposaba en una hábil utilización de la leyenda Bonaparte. La campaña de 1859 mostró que el apellido era todo lo que tenía en común con su tío.



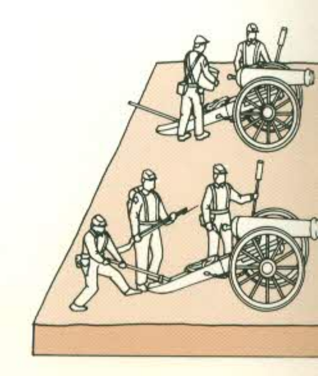
Francisco José (1830-1916). Su trágico reinado, que sería uno de los más largos de la historia, correspondió al declive y caída de la monarquía de los Habsburgo. El Emperador tenía un carácter pesimista y no tuvo ninguna experiencia militar directa hasta 1859. La matanza de Solferino le impresionó de tal forma que nunca volvió a pisar un campo de batalla. Se dice que después de Solferino ya no esperaba nada bueno de su ejército y creyó que estaba abocado a la derrota. Sus temores se confirmarían: 1859 señaló el principio del declive austríaco.



Víctor Manuel II (1820-1878). El rey del Piamonte hizo su aprendizaje militar al mando de una brigada contra los austríacos en 1848. Una vez en el trono, una de sus primeras decisiones fue la de nombrar como primer ministro a un político resuelto y hábil, el conde de Cavour. El resultado de la campaña de Solferino fue la liberación de la Lombardía del yugo austríaco. Al año siguiente, las regiones de Toscana, Módena y Parma se sublevaron. Garibaldi ya había liberado Nápoles y Sicilia; todo estaba dispuesto para la unificación del norte de Italia con Víctor Manuel como su primer rey, un político hábil y concienzudo soberano.

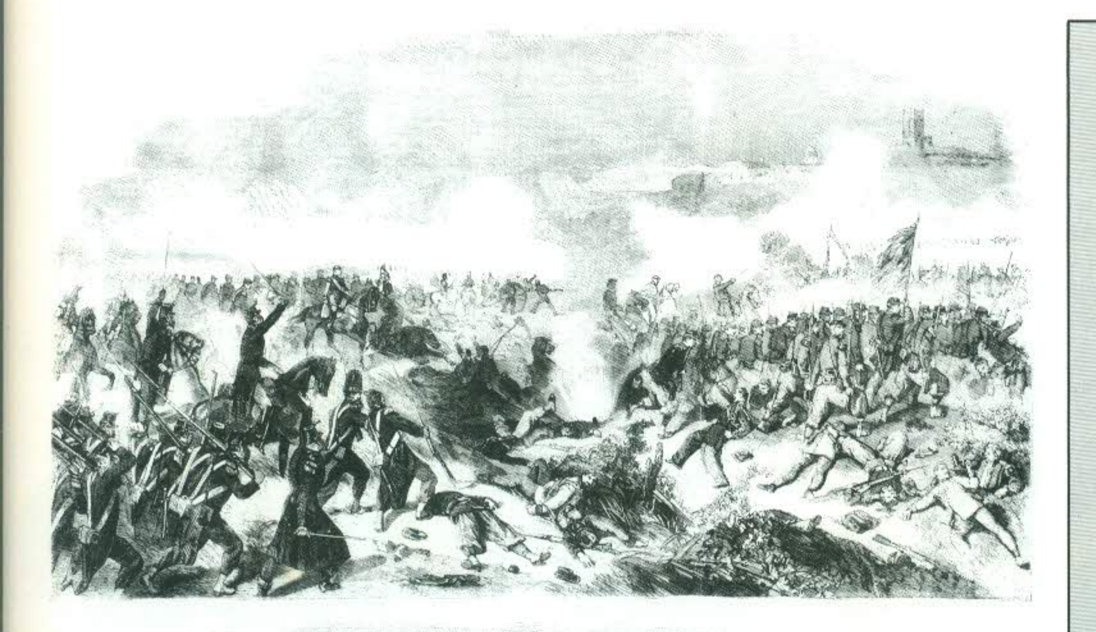
La mayor ventaja de los franceses residía en su artillería. Napoleón III había dotado recientemente a su ejército con un cañón de avancarga de ánima rayada, pieza de a 4 en bronce, capaz de enviar proyectiles cónicos con precisión a una distancia de 3.200 m, dos veces más lejos que el anticuado cañón austríaco, que todavía disparaba balas.

El Emperador experimentó el cañón rayado después que los ingleses lo hubieran utilizado, por primera vez, durante la guerra de Crimea.



Después de Solferino, Francia y Austria estaban dispuestas a firmar la paz. Francisco José había perdido dos grandes batallas y le preocupaba el descontento de los húngaros. En cuanto a Napoleón, atento al sentimiento hostil contra la guerra que se despertó en Francia, fue consciente de que una batalla perdida podría costarle el trono. Por otro lado, su intervención en Italia había provocado vocado una actitud agresiva por parte de Prusia.

Los dos emperadores se reunieron en Villafranca y firmaron los preliminares de la paz, que luego se ratificaría en el Tratado de Zurich. El Piamonte recibía la Lombardía a excepción de las plazas fuertes de Mantua y Pescara. Austria conservaba Venecia, lo que ofendió a la mayoría de los italianos. El país, en plena efervescencia, estaba dispuesto para su unificación bajo la dirección de Víctor Manuel.





Las primeras escaramuzas comenzaron una hora antes de que Napoleón llegara de su cuartel general. Durante todo el combate recorrió las líneas, para dar directrices aquí y allá, como muestra este grabado de la época (superior), pero no había lugar para una gran dirección estratégica. La batalla degeneró en seguida en violentos combates cuerpo a cuerpo entre masas de infantería mal controladas, como muestra este grabado (arriba), donde puede observarse al coronel francés Maleville herido a la cabeza del 55.º de Infantería.



El joven banquero suizo Henri Dunant visitó el campo de batalla de Solferino. Como todo turista, esperaba un espectáculo grandioso; la realidad de la guerra, con sus horrores, le golpeó dolorosamente. En sus escritos, y sobre todo en el famoso «Un souvenir de Solferino» (Un recuerdo de Solferino), preconizó la creación de un organismo internacional neutral que se ocuparía de los heridos; esto llevó a la fundación de la Cruz Roja Internacional en 1864.

2,377 m máx.
Artillería austríaca

3,200 m
Artillería francesa

Gettysburg/ *1 al 3 de julio de 1863*

«¡La guerra, con todos sus males y su desolación, recorre nuestro amado país! Los invasores rebeldes están en nuestro territorio, devastan a hierro y fuego las hasta hace poco dichosas viviendas de nuestra gente. ¡Socorro!»

Carteles de este estilo, de lenguaje grandilocuente, hicieron su aparición en todos los pueblos y ciudades de Pennsylvania al principio del verano de 1863. La guerra de Secesión se encontraba en esos momentos en su tercer año y, por segunda vez en el espacio de nueve meses, las tropas confederadas —o sudistas— invadían el Norte. Los temores de la población de Pennsylvania, hasta ese momento protegida del conflicto, se fundaban en que el general sudista Robert E. Lee avanzaba en el estado con su ejército de Virginia del Norte, con fama de invencible y formado por 75.000 veteranos que habían vencido varias veces ya al ejército nordista del Potomac.

El 3 de junio, los confederados abandonaban discretamente Fredericksburg, en Virginia, donde interceptaban el camino a las desmoralizadas tropas federales del general Hooker. Lee marchó hacia el oeste y después hacia el norte, a través del valle del Shenandoah y hacia el interior de la tierras enemigas.

Durante un mes la confusión fue constante en los dos ejércitos. Hooker necesitó nueve días para darse cuenta de que el grueso de las tropas confederadas se había retirado. En contra de la postura mantenida por Lee, partidario de esperar, Hooker decidió avanzar hacia Richmond, pero se lo impidió el presidente Lincoln, quien le volvió a llamar porque la defensa de Washington y la destrucción del invasor ejército rebelde tenían prioridad. Sin embargo, Hooker no sabía con exactitud dónde se encontraba ese ejército. A pesar de incomodarle bastante esta ausencia de información, se puso en marcha con sus tropas entre la capital y la supuesta posición de los sudistas.

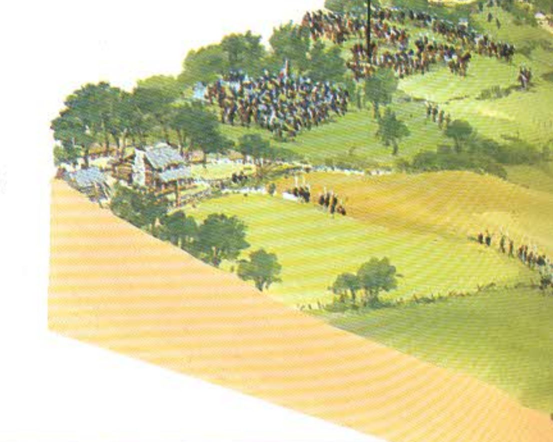
Al otro lado de las montañas de Blue Ridge, Lee también se encontraba mal informado. Generalmente confiaba en las síntesis de los informes de reconocimiento efectuados por el general Stuart, el brillante comandante de su caballería, pero éste, destacado en un reconocimiento, permanecía ausente desde hacía varios días.

Precisamente hasta el 28 de junio, Lee creía al ejército del Potomac en alguna parte de Virginia y conoció por un espía que las fuerzas de la Unión se encontraban en Frederick, en Maryland, a 40 km de él. Además, supo que el jactancioso e incompetente Hooker había sido sustituido por un adversario mucho más serio, el general George Meade. Inmediatamente modificó sus planes y dio orden a los tres cuerpos de ejército, en esos momentos dispersos, para que se concentraran en la ciudad de Cashtown. Durante este tiempo Meade se encontraba en avanzadilla, situándose en posición en Big Pipe Creek. Se redujo, por consiguiente, el espacio entre los dos ejércitos, mientras cada uno de ellos destacaba patrullas de reconocimiento.

Durante el mediodía del 30 de junio se observaron

Gettysburg, ciudad principal del condado de Adams, en Pennsylvania, era una tranquila aldea rural casi sin historia hasta que la vanguardia de los dos ejércitos se encontraron sobre sus accesos noroccidentales en la mañana del 1 de julio de 1863. Doce buenos caminos confluían allí desde los cuatro puntos cardinales, lo que facilita la concentración de tropas. El resultado es que el lugar se convertiría en el teatro de la mayor batalla librada hasta entonces en América del Norte.

El campo de batalla de Gettysburg y sus alrededores, un poco después de las 16,00 horas del primer día, muestra cómo elementos del Segundo Cuerpo del ejército sudista de Virginia del Norte avanzan, desde el oeste y el norte, contra dos cuerpos del ejército del Norte del Potomac, mandado por Meade. El ala derecha se bate en retirada unos 3 km a través de la ciudad antes de reorganizarse y tomar nuevas posiciones en Cemetery Hill.



Hacia finales de 1860 el republicano Abraham Lincoln fue elegido presidente de Estados Unidos. La campaña electoral había estado centrada en el problema de la esclavitud y en las competencias de los estados. Lincoln no pensaba montar una cruzada antiesclavista. Pretendía, sobre todo, anticiparse a la extensión de la «institución particular» de la esclavitud hacia los Territorios, vastas llanuras del oeste que aún no habían recibido el estatuto del estado. Pero para los estados del Sur, la cuestión principal era el derecho de separarse de la Unión. Después de la elección de Lincoln, formaron su propia confederación de estados conformes con la esclavitud; desde ese momento, la guerra civil parecía inevitable.

Al principio, los hombres del Sur servían en el Norte, en el ejército de Estados Unidos. La mayor parte, junto con el coronel Robert Lee, volvieron al Sur para servir a la Confederación. Lee, posiblemente el mejor soldado de su generación, pronto mandaría el principal ejército sudista. Pero, ¿qué debía hacer? El Norte disponía del doble de hombres que el Sur y, además, de toda la industria; un conflicto de gran duración se convertiría automáticamente en una ventaja. Lee decidió entonces atacar e invadir el Norte. Lo consiguió una vez, por poco tiempo, pero después, en 1863, en el transcurso de la campaña de Gettysburg, realizó su tentativa de invasión más decidida.

El Tercer Cuerpo confederado (1) del general Hill, participa en algunas escaramuzas iniciales. Al finalizar la primera jornada, había conseguido, en su avance desde el noroeste, desalojar al enemigo de Seminary Ridge.

Desde la cúpula del seminario luterano **(2)** se disfruta de una excelente vista de toda la región. Este puesto de observación sería utilizado por turno por los dos bandos, pero sobre todo por los sudistas.

Seminary Ridge fue defendido sin éxito por el Primer Cuerpo nordista de Doubleday, el hombre a quien se debe la introducción del *baseball* en América. Este Cuerpo se retiró ordenadamente hacia Cemetery Hill.

El 2.º Cuerpo sudista (3), a las órdenes del general Ewell, se acerca a Gettysburg por el norte y rompe el 11.º Cuerpo federal, al que hace numerosos prisioneros.

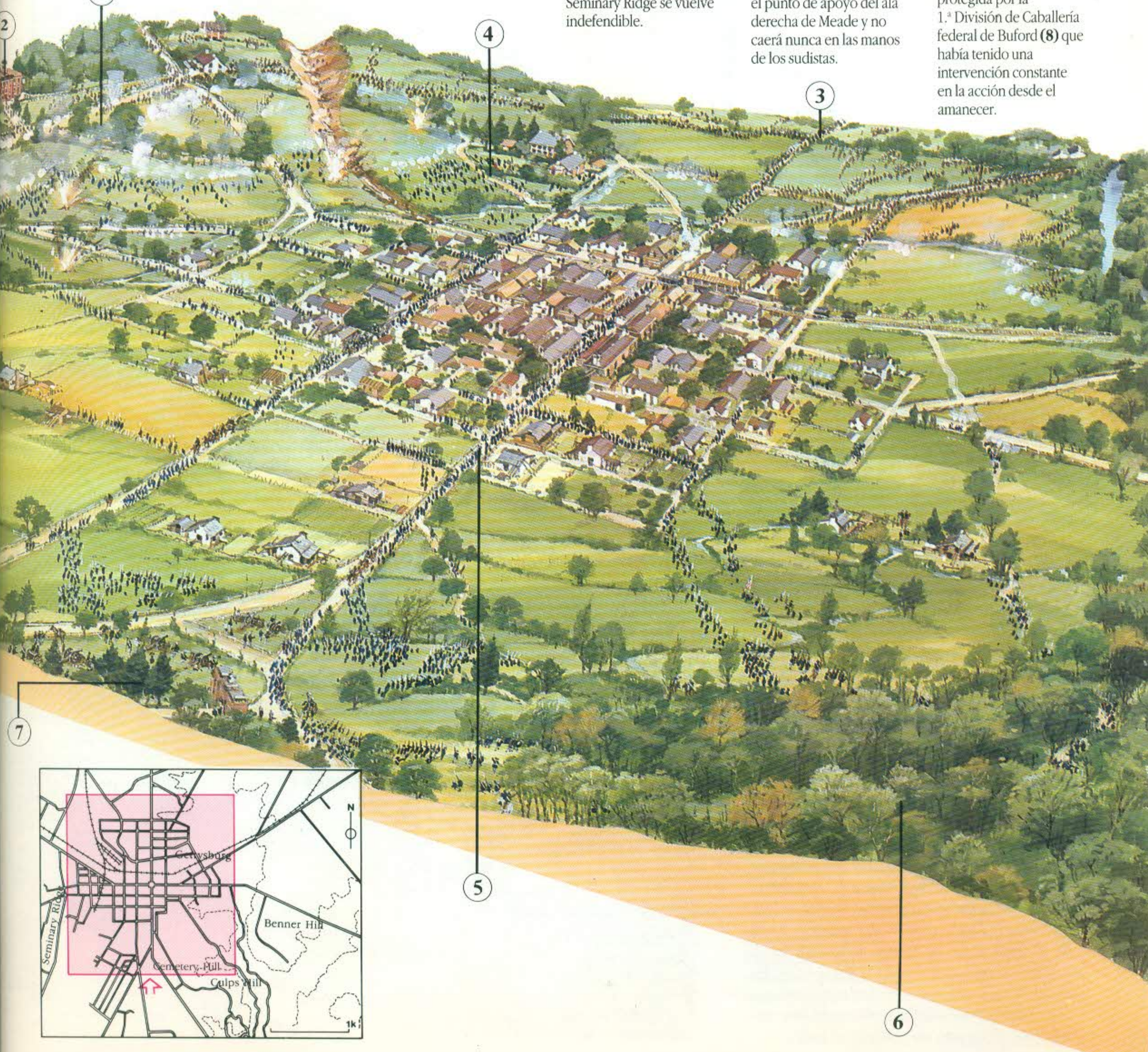
Cuando el 11.º Cuerpo de Howard **(4)** comienza a batirse en retirada, el flanco derecho de Doubleday queda peligrosamente expuesto y su posición sobre Seminary Ridge se vuelve indefendible.

A la vanguardia de la retirada del 11.º Cuerpo **(5)** se encontraba la 3.ª División de Schimmelfennig. Este viejo oficial prusiano pasó el resto de la batalla en la ciudad, totalmente abatido.

Cup's Hill (6), una colina arbolada y ocupada por las fuerzas de la Unión al atardecer del 1 de julio, vuelve a ser el punto de apoyo del ala derecha de Meade y no caerá nunca en las manos de los sudistas.

Al principio Cemetery Hill (7) fue la zona de concentración de las reservas nordistas, y se convirtió en un punto de reunión para el Cuerpo del ejército de Howard, en retirada. Esta posición elevada resultaba ideal para la defensa y no tardó en convertirse en un baluarte fortificado.

El ala izquierda de Doubleday estaba protegida por la 1.ª División de Caballería federal de Buford **(8)** que había tenido una intervención constante en la acción desde el amanecer.



avanzadillas al oeste de Gettysburg. Al ver a la caballería nordista, la infantería confederada se replegó, pero al día siguiente, por la mañana, volvió de nuevo con fuerza. Un poco después de las cinco, el cabo Hodges, del 9.º de Caballería de Nueva York, observó a lo lejos a hombres que se dirigían hacia el puesto avanzado de McPherson Ridge. Se adelantó para ver mejor... y oyó disparos. La batalla de Gettysburg había comenzado.

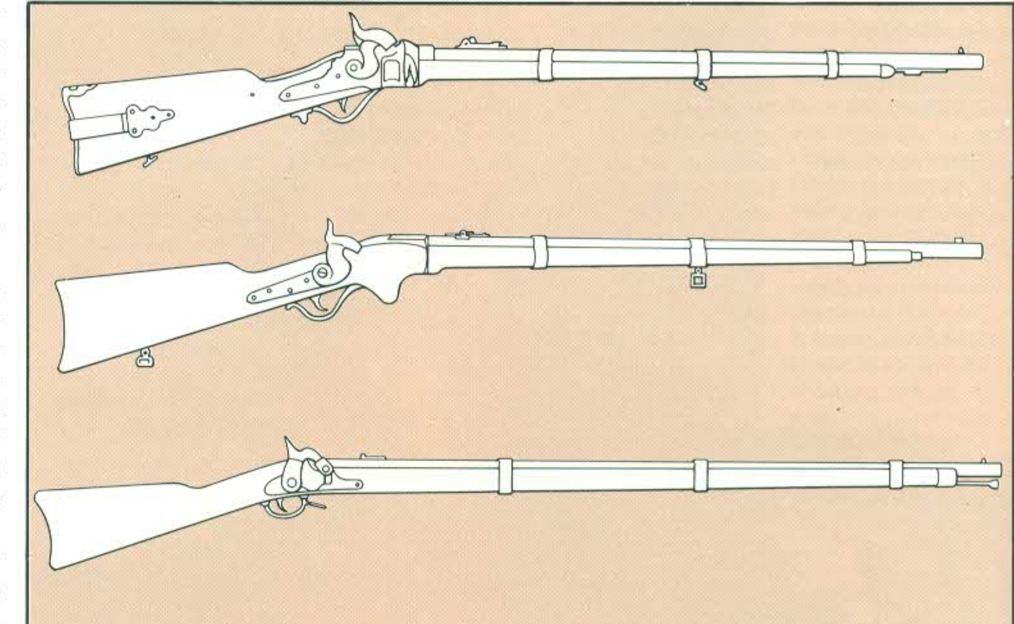
Por una vez la suerte estaba del lado de la Unión, pues el general John Buford, al mando de la 1.ª División de Caballería, era el hombre que dominaba la situación. Su método consistía en hacer descabalgar a los hombres para que combatiesen a pie. Para conseguir más eficacia en este papel les armaba con carabinas de repetición Spencer, de siete disparos. El fuego de cuatro escuadrones retuvo dos brigadas sudistas hasta la llegada de refuerzos.

Ni Meade ni Lee quisieron comprometerse a fondo, pero la decisión se impuso a pesar de ellos mismos. La ciudad se encontraba en la encrucijada de doce carreteras que procedían de todas direcciones, lo que, para los dos campos, facilitaba la concentración de tropas y el aprovisionamiento. Por otra parte, nadie pudo sustraerse a ella pues la acción se desarrolló con rapidez ante la llegada de nuevos elementos.

Poco después del mediodía, Lee llegó a Gettysburg y se encontró con que su infantería llevaba la iniciativa en los violentos combates que libraban los hombres colocados en las partes altas del oeste y norte de la ciudad, y en el transcurso de los cuales, allí mismo, el jefe nordista, el general Reynolds, murió en acción.

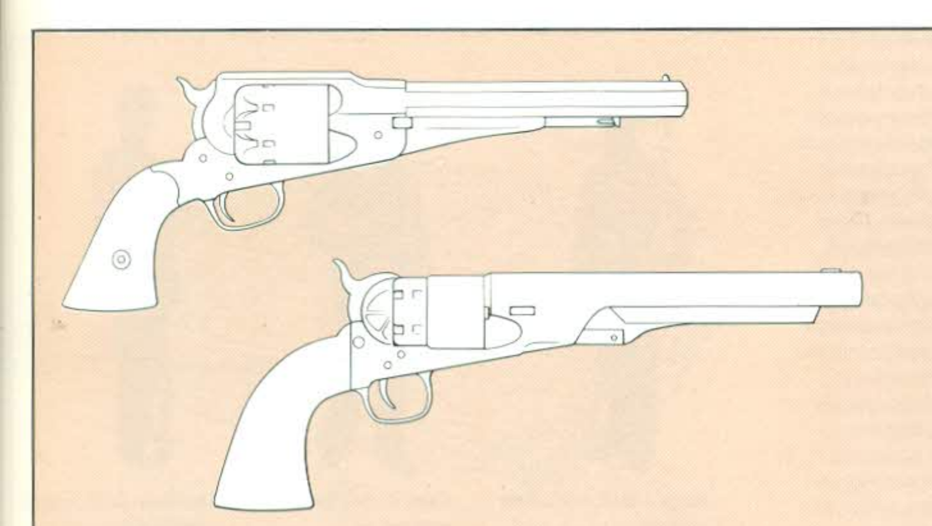
Después, la suerte sonrió de nuevo al Norte. Meade había confiado la dirección de las operaciones al general Hancock, un hábil estratega, que formó enseguida una línea defensiva sobre la pendiente sur de la ciudad. Ocupó la colina boscosa de Culps Hills, después fortificó las elevaciones vecinas de Cemetery Hill y Seminary Ridge, y apoyó su ala izquierda en dos cerros, Little Round Top y Big Round Top. Esta disposición, que se extendía a lo largo de 4 km en forma de anzuelo, era fuerte y reforzaba las líneas interiores de comunicación.

Desde el momento en que Lee vio numerosos nordistas en las pendientes más allá de Gettysburg, se dijo a sí mismo que era preciso desalojarlos de allí a cualquier precio antes de que tuvieran tiempo de fortificarse. El hombre al que confió esta misión fue el general Richard Ewell, que había perdido una pierna en Manassas y carecía de instinto y de espíritu combativo, como Lee iba a comprobar en varias ocasiones. Para no entorpecer con instrucciones demasiado directas, Lee, según su costumbre, dio orden de atacar, «si era posible», Cemetery Hill. Acostumbrado a indicaciones muy precisas, Ewell tomó la orden al pie de la letra. La jornada había sido dura, su muñón infectado le hacía sufrir, las pérdidas habían sido numerosas y consideró que los hombres que le quedaban se encontraban demasiado fatigados para ser enviados al asalto.



El fusil Springfield de 14 mm (inferior), arma de ordenanza en el ejército nordista, era preciso hasta los 550 m. Los sudistas estaban equipados con fusiles Enfield importados de Gran Bretaña. Esta arma de 14 mm de calibre, presentaba la ventaja de poder utilizar los cartuchos del Springfield, lo que permitía a los sudistas servirse de las municiones nordistas cuando podían apoderarse de ellas. La carabina Sharps (arriba) de 13 mm de calibre y retrocarga, resultaba sólida y segura. Algunas unidades nordistas utilizaban la carabina de repetición Spencer de siete disparos (centro), y calibre de 14 mm, que se alimentaba mediante un cargador cilíndrico que se introducía en el arma por un agujero practicado en la culata.





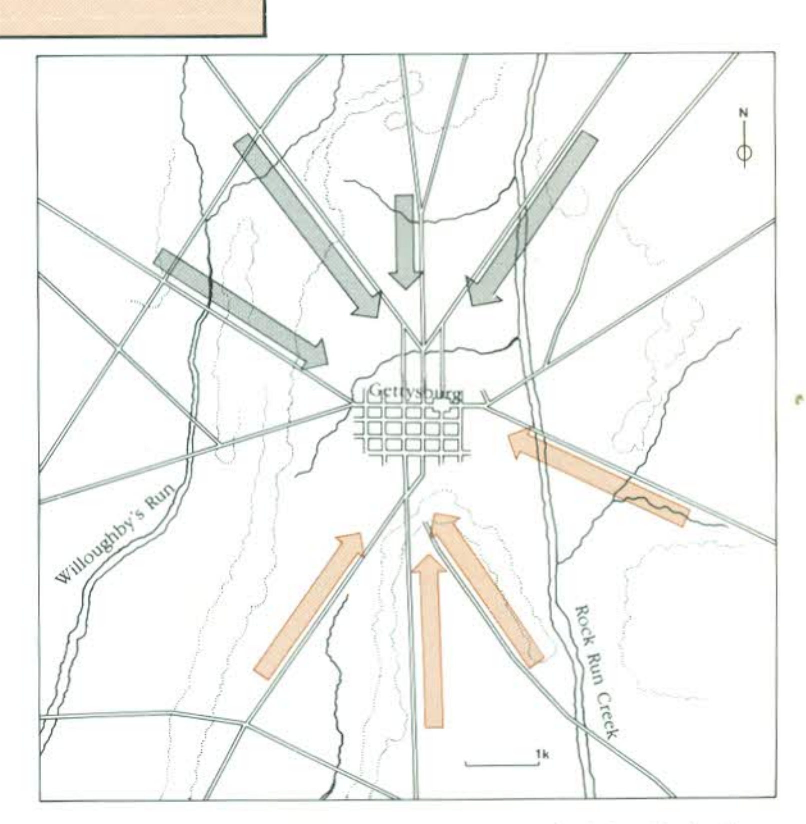
El revólver más popular durante la guerra de Secesión fue el Colt del ejército, nuevo modelo 1860 (arriba) una arma de 11 mm de calibre con seis cartuchos. Podía adaptársele una culata de fusil para mejorar la precisión. Los sudistas fabricaron imitaciones de este revólver. Tan utilizado como éste entre los nordistas fue el Remington de 11 mm de calibre (superior). A diferencia del Colt, su tambor de seis cartuchos estaba rodeado de un armazón que le daba más rigidez y, por consiguiente, más precisión.



Numerosos oficiales confederados llevaban un revólver LeMat, del nombre del coronel sudista Jean LeMat, una de las armas cortas más temibles y de 10 mm de calibre. Arma de nueve disparos, tenía una ánima central que contiene un cartucho de calibre 16 cargado de posta. Se utilizaba como una pistola corriente, pero a corta distancia el oficial podía, al cambiar la posición del gatillo, lanzar la descarga de posta por el cañón inferior.



Las diversas operaciones de carga y empleo de un fusil en la época de la guerra de Secesión aparecen ilustradas en este grabado de Gilbert Gaul. El soldado de la derecha ataca una bala en el cañón; el de la izquierda coloca el fulminante en su Springfield. Los demás apuntan, unos rodilla en tierra, otros de pie. Después de la batalla se encontraron fusiles cuyos cañones contenían hasta doce cargas: en la excitación producida por el combate, los hombres habían olvidado apretar el disparador.



A menudo, la elección del momento y del terreno decide el desenlace de una batalla. En Gettysburg sería de otro modo. Las vanguardias entraron en contacto el 30 de junio, cuando los adversarios —Lee y Meade— estaban todavía lejos. Esta batalla, la principal de la guerra de Secesión, tuvo lugar sin que ninguno de los dos jefes la deseara.

Gettysburg/3

A medianoche, cuando el nuevo jefe del ejército del Potomac llegó al frente, encontró regimientos maltrechos que intentaban recuperarse después de haber rozado el desastre y ocupados en fortificar la posición trazada por Hancok. Meade aprobó: la posición era buena y se defendería.

En su puesto avanzado, cerca del seminario luterano que da nombre a la pequeña elevación ocupada ahora por el ejército sudista, Lee, que sufría de disentería y también de una dolencia cardíaca a la que debía atender, pensaba en la continuidad de las operaciones. Con gran perjuicio del general Longstreet, decano de los jefes de los cuerpos confederados, se opuso a su plan, que consistía en rodear la izquierda de Meade, amenazar Washington y librar batalla en un terreno de su elección. Sin disponer todavía de la caballería de Stuart, Lee rehusó maniobrar «a ciegas» a la vista del enemigo y decidió que la batalla se librase en Gettysburg. El 2 de julio, el día siguiente, el 1.er Cuerpo de Longstreet debía lanzarse al asalto a partir del lado sur de Seminary Ridge, en dirección nordeste, más allá de la carretera de Emmitsburg, donde debía encontrarse el ala izquierda nordista. Lee contaba con que esta acción haría retroceder las defensas federales a todo lo largo de Cemetery Hill. Ewell tendría que mantener un combate contra el ala derecha, que él había evitado atravesar la víspera, y después atacar a fondo si la ocasión se presentaba. El 3.er Cuerpo del general Hill iba a emprender una operación de diversión en el centro con la intención de que Meade no supiese dónde se llevaría a cabo el verdadero ataque. Sin duda, lo que significaba ante todo el plan de Lee era una buena coordinación, cosa que no ocurrió.

Longstreet batió todos sus récords de lentitud: no consiguió estar en condiciones de actuar antes de las 4,30 horas de la tarde. En ese momento, con la gran y legítima cólera de Meade, la línea del frente nordista se había modificado, en el peor sentido, en el lugar preciso donde se realizaría el ataque. El general Dan Sickles, cuyas tropas se habían desplazado en la parte más baja de Cemetery Hill y alrededores de Little Round Top y Big Round Top para afianzar el ala izquierda, decidió de improviso, y sin comunicarlo al comandante en jefe, adelantarse hacia una posición que consideró mejor. Creó de esta forma una avanzadilla, sin relación con el resto de las líneas nordistas, lo que estuvo en un tris de provocar la derrota.

Desde la cima de Little Round Top, ahora sin defensa, un observador señaló el avance del enemigo, lo que confirmó el general Warren, al que Meade había enviado de reconocimiento. Se apercibieron de que si los sudistas se apoderaban de la cima estarían en condiciones de tomar el conjunto y batir en enfilada Cemetery Hill, por lo que Warren se las arregló para enviar refuerzos a la cima de la colina en el momento justo en que los sudistas se lanzaban hacia adelante para escalar la pendiente rocosa. Esta iniciativa seguida por Warren le valió ser calificado con justicia de «salvador del ejército de la Unión».

En la época de Gettysburg los uniformes vistosos habían desaparecido de los campos de batalla. Entre los aquí ilustrados, sólo el uniforme de los federales, o nordistas, se utilizaba de modo general en servicio. Por lo demás, nunca carecieron las unidades federales de su uniforme azul, pues la mayoría de las fábricas textiles del país se encontraban en el Norte y cumplieron sus contratos de abastecimiento a lo largo de todo el conflicto. En el ejército federal, el uniforme de gala estaba reservado para circunstancias como la guardia en cuarteles generales y ceremonias.
El ejército del Sur comenzó la guerra con uniformes elegantes, pero los rigores de la campaña pronto los deterioraron ante la imposibilidad de su sustitución debida a los escasos recursos fabriles del Sur. Se utilizó entonces una tela de fabricación artesanal, teñida en «gris sudista» o en un color parduzco, dada para coser a las familias de los soldados y que daban como resultado uniformes bastante bastos.

Sargento de caballería sudista

Cabo de artillería sudista

Soldado de infantería sudista

Soldado de infantería sudista, con capote

Sargento primero de artillería nordista

Soldado de infantería nordista

Cabo de caballería nordista



En la tarde del 2 de julio, el grueso de las fuerzas de los dos bandos estaba concentrado en Gettysburg. El ejército sudista de Virginia del Norte ocupaba Seminary Ridge, al oeste de la ciudad, y el ejército nordista de Potomac tenía en su poder Cemetery Hill, que se extendía paralelamente sobre unos 1.500 m. El 1.er Cuerpo del general Longstreet, en el ala derecha sudista, atacó el saliente formado en el ala derecha nordista por el 3.er Cuerpo del general Sickles.

El vértice del vulnerable saliente formado por el avance del 3.er Cuerpo de Sickles estaba en Peach Orchard **(1)**.

El Wheatfield (2) se disputó ferozmente y cambió varias veces de manos.

La clave de la izquierda nordista era una altura rocosa y arbolada llamada Little Round Top **(3)**, que Sickles había tenido la mala idea de dejar atrás en su avance. Esta posición dominante fue recuperada justamente en el momento en que los sudistas se dirigían hacia la cima.

Para Longstreet, la mejor posibilidad de éxito estaba en ocupar Little Round Top **(3)** y enfilar las líneas nordistas. Pero no tuvo ocasión y la batalla degeneró en un violento enfrentamiento entre sus 15.000 hombres y la izquierda de Meade que, con sus refuerzos, disponía de 30.000 soldados.

Devil's Den (4), una zona rocosa y muy arbolada, servía de emboscada a los francotiradores sudistas que tomaban por blanco a los nordistas, cercanos a Little Round Top.

Cuando Sickles, herido de gravedad mandó avanzar sus fuerzas y contactó con el grueso de las fuerzas nordistas, estableció su puesto de mando en Trostle Farm **(5)**, que fue violentamente bombardeado por la artillería sudista.

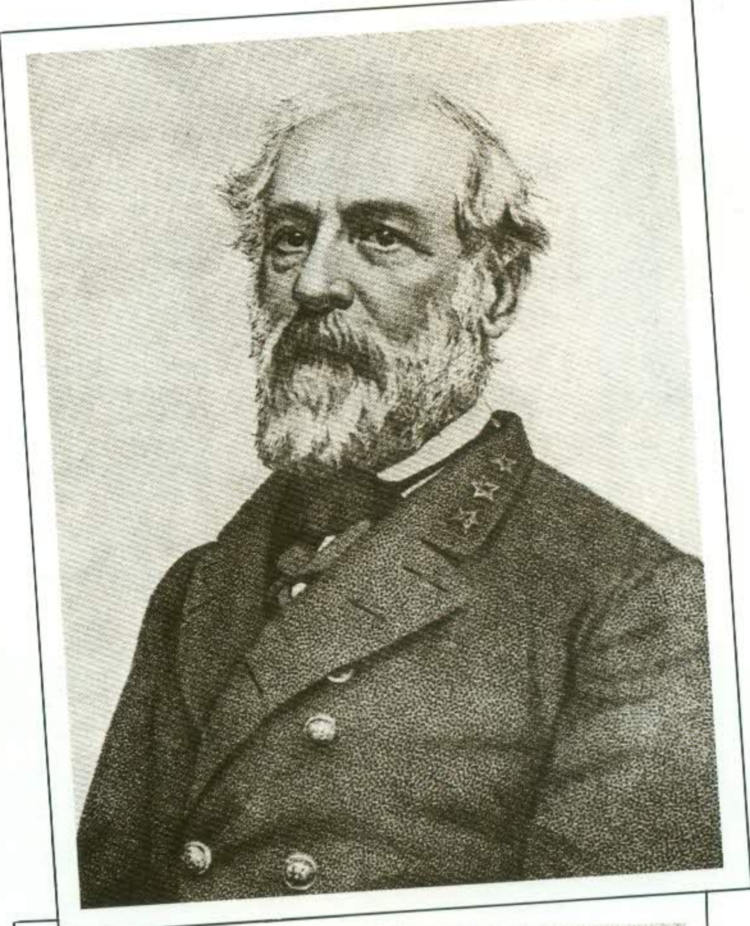
Longstreet inició su ataque a través de los campos y bosques, al oeste de Little Round Top. Cuatro horas duraron los combates, entre los más violentos de la guerra, que provocaron estragos alrededor de Devil's Den, Peach Orchard y Wheatfield, nombres todos que para generaciones de norteamericanos son sinónimos de muerte violenta. Sin embargo a pesar de la dureza de estos ataques, Longstreet no pudo penetrar porque Meade consiguió reforzar de manera muy eficaz todos los puntos amenazados.

En el sur casi había cesado el fuego cuando Ewell decidió dirigirse al flanco norte, pero su esfuerzo llegaba demasiado tarde y se vio rechazado por los refuerzos nordistas llegados desde otros puntos de la cima. A continuación, reconoció: «Para perder una batalla hacen falta errores, y yo he cometido demasiados.»

El hecho de combatir en su propio terreno aumentaba las fuerzas del ejército del Potomac, tan frecuentemente tomado a broma, pues no era ya aquel ejército desmoralizado al que Lee dejó tan maltrecho sobre los campos de batalla del sur. Al atardecer del segundo día de combate se hizo evidente que el ejército de Virginia tropezaba con fuerte resistencia. En el transcurso de una reunión mantenida en su puesto de mando, situado en una granja detrás de Cemetery Hill, Meade vaticinó que si Lee atacaba de nuevo, sería Gibbon, al mando del centro nordista, quien sufriría el ataque.

Al amanecer del 3 de julio, Lee decidió reemprender la operación donde la había dejado, pero los nordistas se le adelantaron. A las 4,30 lanzaron un ataque sorpresa para desalojar a los hombres de Ewell del pequeño punto de apoyo sobre Culps Hill, del que se habían apoderado, e hicieron fracasar de este modo el plan de Lee consistente en un ataque de flanqueo. Con las tropas de Ewell empeñadas a fondo y Longstreet, a la derecha, siempre reticente a pasar a la acción, Lee concentró su atención sobre la parte central enemiga, que la víspera mostraba señales de debilidad. Las cosas se ponían tal como Meade había previsto. Lee propuso sacar a la división de Pickett del Cuerpo de Longstreet, que acababa de llegar al escenario, y añadirle elementos del 3.er Cuerpo de Hill y lanzar el conjunto —15.000 hombres— en medio de las líneas federales. Pero una vez más sus subordinados dieron pruebas de una lentitud incomprensible. Los preparativos se demoraron toda la mañana y sólo una hora antes del mediodía pudo Longstreet dar a sus 150 cañones la orden de bombardear Cemetery Hill con el fin de preparar el terreno para la infantería. Pronto los nordistas replicaron con 80 piezas. Durante dos horas se vivió allí el más violento cañoneo sostenido sobre el continente americano que, por otra parte, fue más impresionante que eficaz.

Al cesar el bombardeo sudista por falta de munición, Pickett hizo salir sus 15.000 hombres, protegidos por los árboles de Seminary Ridge. Como atestiguaron numerosos presentes, se dispusieron a



El general Robert E. Lee (1807-1870) había servido con distinción durante 20 años en el ejército de Estados Unidos cuando estalló la guerra. Profundamente religioso, era enemigo de la esclavitud, por razones morales y de la secesión por motivos políticos. La primera fidelidad era, sin embargo, para con su país, Virginia. Por indicación de Lincoln, se le ofreció el mando del ejército de la Unión. Rehusó y cuando, algunos días más tarde, Virginia se escindió, presentó su dimisión y volvió a casa. Allí se le ofreció, y aceptó, el mando de las fuerzas de Virginia. Aunque fue sin duda el mejor estratega de ese período, no pudo a la larga, resistir a los recursos del Norte, superiores en efectivos, en medios financiero y materiales.



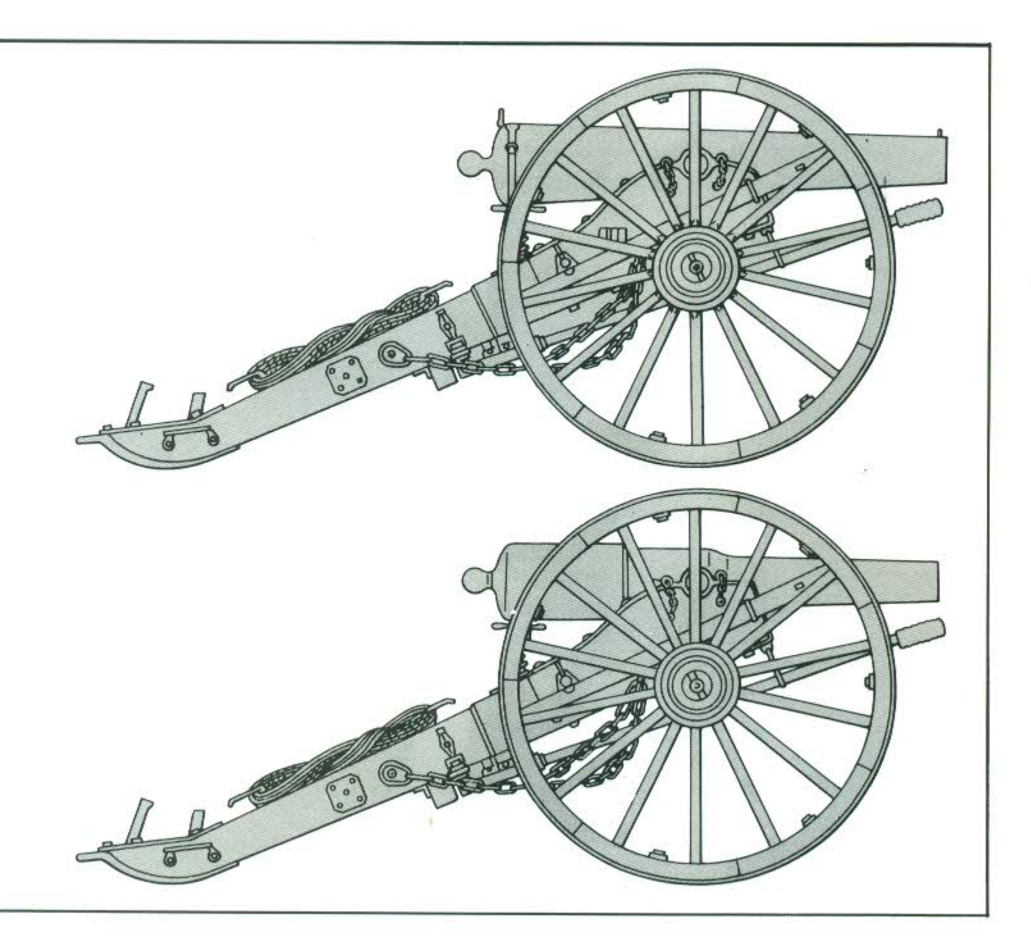
El general George G. Meade (1815-1872) se enteró tres días antes de la batalla de Gettysburg, que el presidente Lincoln le había nombrado comandante en jefe del ejército del Potomac. Hombre de carácter colérico e irascible, actuó no obstante prudentemente en el campo de batalla. Nunca se le vio tomar una decisión brillante o espectacular, pero en Gettysburg su capacidad de desplazar sus tropas con rapidez de un lugar a otro hizo fracasar todos los ataques sudistas y aseguró la victoria de la Unión.

El Norte, que disponía de una considerable industria de armamentos, empleó baterías de seis piezas, casi todas del mismo calibre para simplificar el problema de las municiones. El Sur, sin grandes recursos en este campo, tenía baterías de cuatro piezas, las que pudo encontrar.

En los dos bandos, era muy apreciado el «Napoleón» (arriba), pieza del 12 de ánima lisa, en bronce, que disparaba a 1.500 m. Concebido por Napoleón III en 1853, era de avancarga y podía disparar balas, botes de metralla o granadas.

Numerosas baterías nordistas estaban equipadas con el Parrot (abajo), una pieza del 10 y ánima rayada, de avancarga, más precisa que el «Napoleón» y de un alcance un poco superior. Este cañón de fundición, reforzado por un zuncho de hierro forjado alrededor del fogón, no era más caro de fabricar pero presentaba riesgos de explosión a causa de una fundición imperfecta.

En el curso del mayor duelo artillero de la guerra, el ejército nordista del Potomac disparó 32.000 proyectiles, y el ejército sudista de Virginia del Norte, 20.000.





Cuando estos cuatro generales del ejército nordista posaron para la fotografía, había pasado casi un año desde la batalla de Gettysburg, donde todos ellos habían sido heridos. Restablecidos, servían de nuevo juntos.

Son los generales Winfield Scott Hancock (sentado), comandante en jefe del Segundo Cuerpo, y, de izquierda a derecha, Francis Barlow (1.ª División del 11.º Cuerpo), David Birney (1.ª División del Tercer Cuerpo) y John Gibbon (2.ª División del 2.º Cuerpo).

Gettysburg se cobró un número inusual de víctimas entre los generales de los dos bandos: cuatro muertos entre los nordistas, seis entre los sudistas (uno de ellos en la retirada hacia Virginia) y doce generales heridos en cada campo.

atravesar los 1.500 metros de superficie descubierta hacia las suaves colinas, formados como en una parada militar, con sus banderas ondeando orgullosamente al sol. Cuando sus extensas líneas grises estuvieron bastante próximas, una terrible descarga de fusilería y de botes de metralla de la artillería enemiga abrió entre ellos enormes brechas. Apretaron filas y por último unos 150 penetraron en las sólidas líneas nordistas. Les conducía el general Armistead, quien enarbolaba su gorra en la punta de su sable. Su bravura le costó la vida.

Sin la ayuda de Longstreet, que no quiso comprometer nuevos elementos, la gloriosa carga de Picket perdió su empuje.

Los supervivientes se encontraban en una posición insostenible; se batían en retirada y dejaban atrás 7.000 hombres sobre el campo.

Mientras tenía lugar el magnífico pero inútil asalto de Pickett, Stuart y sus jinetes, de vuelta por fin, se encontraban a cuatro kilómetros hacia el este, detrás de las líneas enemigas, pero no representaban más que una amenaza parcial porque se hallaban eficazmente bloqueados por un número importante de soldados nordistas de caballería, en las filas de los cuales destacaba un ambicioso general de brigada llamado George Armstrong Custer.

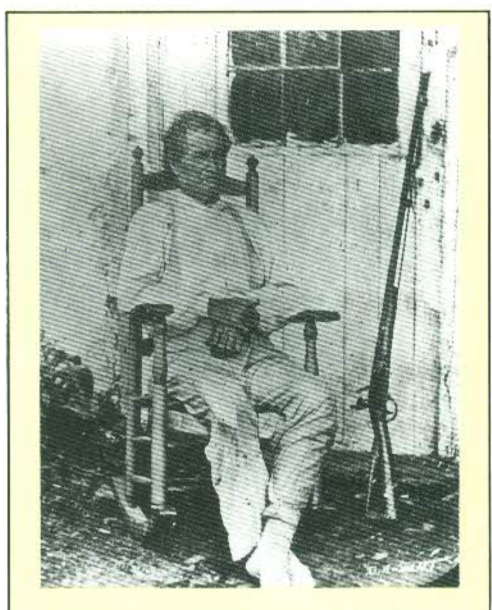
Así finalizó la mayor y más sangrienta batalla que se había librado hasta entonces en suelo americano. El Norte perdía alrededor de 23.000 hombres, muertos, heridos, prisioneros o desaparecidos de entre 97.000; el Sur, más o menos unos 27.000. Al día siguiente, el 4 de julio y día de la Fiesta de la Independencia, los agotados ejércitos seguían frente a frente pero sin buscar el combate.

Al mediodía, un tren de furgones sudistas de 27 km de longitud tomaba el camino de Virginia para evacuar a los numerosos heridos. Después de la caída de la noche, cuando se aseguró que los nordistas no atacarían más, Lee se declaró vencido y dejó el escenario de la batalla.

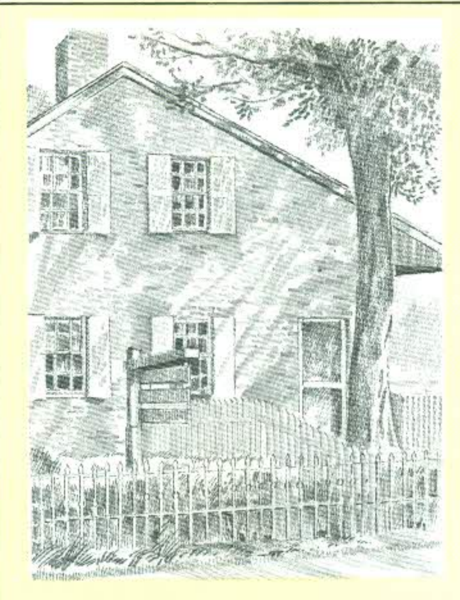
Meade no supo de la retirada sudista hasta el mediodía del domingo 5 de julio. Sin embargo, su persecución fue muy poco agresiva y el hecho de que no impusiera al adversario una batalla decisiva antes de que éste consiguiera ponerse a salvo al otro lado del Potomac alimenta aún la controversia.

Malparado pero siempre valiente, el ejército sudista de Virginia del Norte no cejó durante dos años más, hasta el día en que Lee por fin capituló en Appomattox. El Sur había perdido una guerra de desgaste en la que no había contado con los medios materiales suficientes.

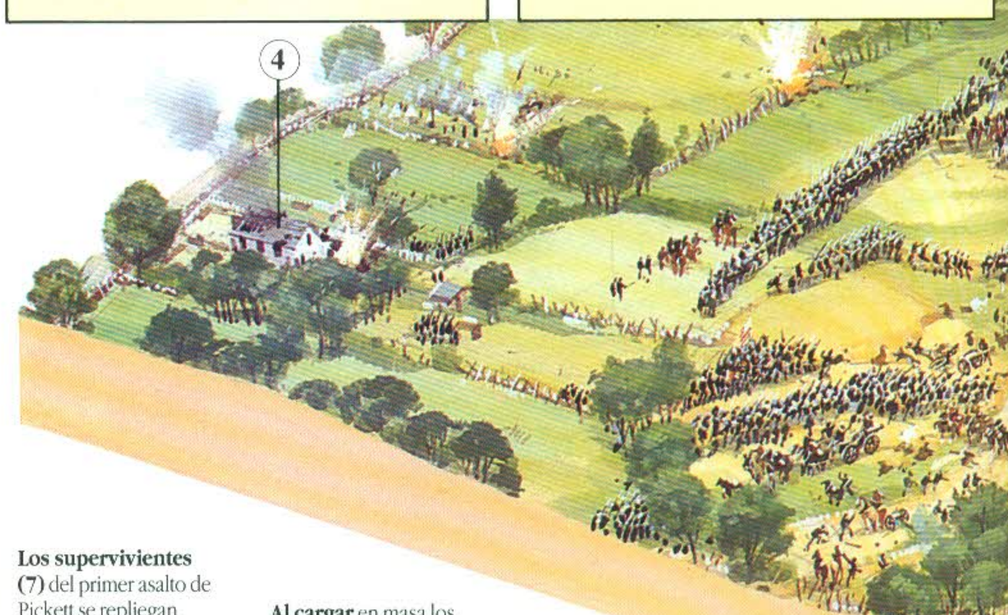
Antes del choque de Gettysburg, los dos bandos en conflicto habían librado otras cuatro grandes batallas en el teatro de operaciones del este: la segunda de Manassas (agosto de 1862), ganada por la confederación; la de Antietam (septiembre del mismo año), favorable a los nordistas; la de Fredericksburg (diciembre de ese mismo año), ganada por los sudistas; y la de Chancellorsville (mayo de 1863), en la que el general confederado Lee se impuso al federal Hooker. En todas ellas, y también en la de



John Burns, anciano de 72 años, veterano de las guerras de 1812 y de México, también estuvo en Gettysburg. El 1 de julio descolgó de la pared su viejo fusil y se alistó en las filas nordistas en el 7.º Regimiento de Voluntarios de Wisconsin. Herido tres veces y abandonado por muerto, sobrevivió y recibió la felicitación personal de Lincoln.



La única víctima civil en Gettysburg fue la joven Jennie Wade. Al comenzar la batalla se encontraba en casa de su hermana casada. Las dos se ocupaban de un recién nacido cuando una bala perdida atravesó las puertas de la casita de ladrillo y alcanzó en la espalda a Jennie, que moriría poco después. Tenía veinte años solamente.



Los supervivientes (7) del primer asalto de Pickett se repliegan hacia las líneas sudistas, en Seminary Ridge.

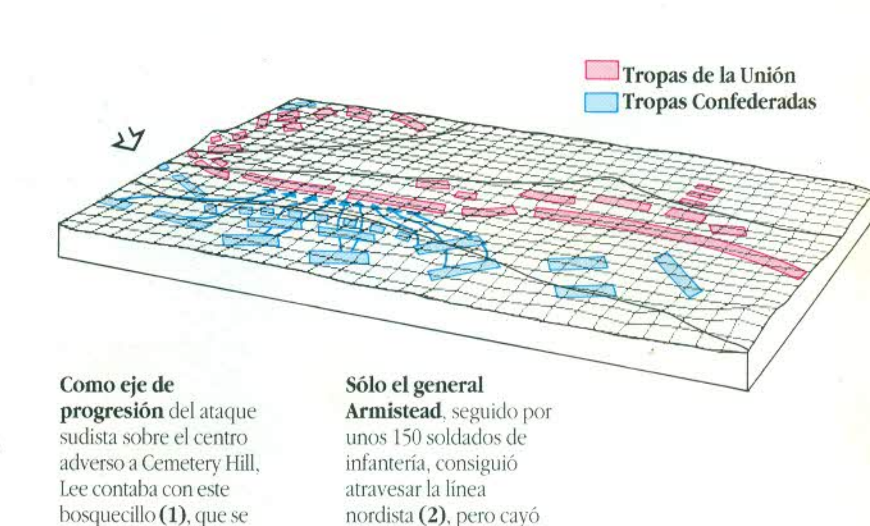
Al cargar en masa los hombres de Pickett, la infantería nordista **(6)** se vuelve hacia el flanco derecho de los sudistas para batirlos en enfilada.

En un ligero repliegue del terreno, detrás de Codori Farm **(5)**, a unos 450 m de los enemigos más próximos, los hombres de Pickett se detienen para reformar las filas antes de lanzarse al asalto.

Esta casita (4), detrás de Cemetery Hill, sirvió de cuartel general a Meade hasta que la artillería sudista la dejó inservible.

Contra la opinión de Longstreet, Lee sostuvo ante éste que se intentara arrollar el centro del ejército del Potomac sobre Cemetery Hill, a 1.500 m al este de las posiciones sudistas, desde el otro lado de una superficie despejada. Confió sus 15.000 hombres más preparados a Pickett y los lanzó al asalto después de una preparación de artillería violenta pero ineficaz. A las 15,30 horas, menos de una media hora después del inicio de esta acción, la carga de Pickett fue rechazada.

Mientras los 15.000 hombres de Pickett intentaban arrollar el centro nordista en Cemetery Hill, otra acción se desarrolló a 3 km más al este, detrás de las posiciones federales. El impetuoso comandante de la caballería confederada, Stuart, entabló un violento combate con la caballería nordista, lo que le impidió llegar hasta la retaguardia del ejército del Potomac, maniobra que, de tener éxito, habría podido modificar el resultado de la batalla.



Como eje de progresión del ataque sudista sobre el centro adverso a Cemetery Hill, Lee contaba con este bosquecillo **(1)**, que se distinguía claramente en el paisaje.

Sólo el general Armistead, seguido por unos 150 soldados de infantería, consiguió atravesar la línea nordista **(2)**, pero cayó mortalmente herido.

Las baterías nordistas disparaban cargas dobles de metralla, y abrían amplias brechas en las líneas de asalto confederadas **(3)**.

Gettysburg, ambos bandos se fundaron en una idea estratégica inadecuada. Los dos estaban tan preocupados por la convicción de que la forma de imponerse al contrario era mediante la ocupación de la capital de éste que no supieron ver que el centro de gravedad sobre el que basculaba toda la estrategia de la guerra residía, no en los ríos Potomac y James, sino en el eje Atlanta-Chattanooga. Si esa zona hubiera sido ocupada por los nordistas, las posibilidades logísticas de los confederados habrían quedado divididas en dos y su frente nororiental inerme ante un ataque realizado de manera simultánea desde dos direcciones. Pero mientras los sudistas mantuviesen esta región en su poder, a pesar de que pudiesen perder el control de otras áreas, la guerra civil podía prolongarse de forma indefinida.

En las cinco batallas mencionadas sólo se consiguió ocasionar graves daños al contrario, pero los federales disponían de recursos mayores y podían absorber mejor esos reveses y, a la larga, este tipo de batallas les beneficiaron al propiciar el desgaste de los sudistas. En la práctica, la victoria de los federales había supuesto a corto plazo el fin de la invasión confederada del territorio nordista.

Gettysburg fue el auténtico punto de inflexión de la guerra y selló el futuro de la Confederación, pues a partir de ese momento ésta se vio abocada a una retirada constante que concluyó en abril de 1865 con la firma de la rendición de los confederados en Appomattox. Este cambio en el desarrollo de la guerra tuvo su reflejo también en los hombres que la protagonizaron. Hasta entonces el general sudista Robert E. Lee era un personaje mítico, aclamado por sus hombres y por toda la Confederación, alguien a quien se perdonaban las derrotas porque después las compensaba con grandes victorias sobre los federales. El ejército del Sur había sido a sus órdenes una formación poderosa, que había invadido el Norte, e incluso después de la rendición de Appomattox el general Lee conservó el respeto de sus antiguos enemigos y se convirtió en uno de los grandes caudillos militares de la historia. Sin embargo, antes de Gettysburg, el propio Lee había dicho de su futuro contrincante el general George C. Meade, al saber de su reciente nombramiento como comandante en jefe del ejército del Potomac, que éste no iba cometer errores frente a él, y que si era la Confederación quien caía en ellos, Meade sabría aprovecharlos. Meade, un hombre introvertido y de carácter dado a accesos de violencia, era sin embargo un jefe respetado en combate y que en Gettysburg hizo buena la profecía de Lee.



Algunos de los 21.000 heridos de Gettysburg. La zona de la batalla fue, durante muchas semanas, un inmenso hospital. Los servicios sanitarios del ejército se ocuparon muy mal de ellos, pero fueron eficazmente auxiliados por la Comisión Sanitaria civil, precursora de la Cruz Roja.

Tras la batalla, los cuerpos de 3.155 federales y 3.903 confederados cubrían los campos y los bosques de los alrededores. Algunos fueron recuperados y enviados a sus hogares, bien embalsamados o metidos en ataúdes metálicos especiales (anuncio de la derecha). Pero la mayor parte fueron enterrados de prisa en el lugar, en fosas comunes. Más tarde, los restos de 3.564 soldados nordistas se exhumaron y trasladaron a un cementerio nacional construido junto al campo de batalla, cerca de la ciudad.





La emboscada de un tirador sudista, famosa fotografía tomada por Alexander Gardner en julio de 1863 en Gettysburg, en las peñas de Devil's Den, en el ala derecha de las posiciones confederadas. El examen de otras placas de Gardner permite establecer que el soldado murió en las proximidades y fue después arrastrado junto a las rocas por el fotógrafo.

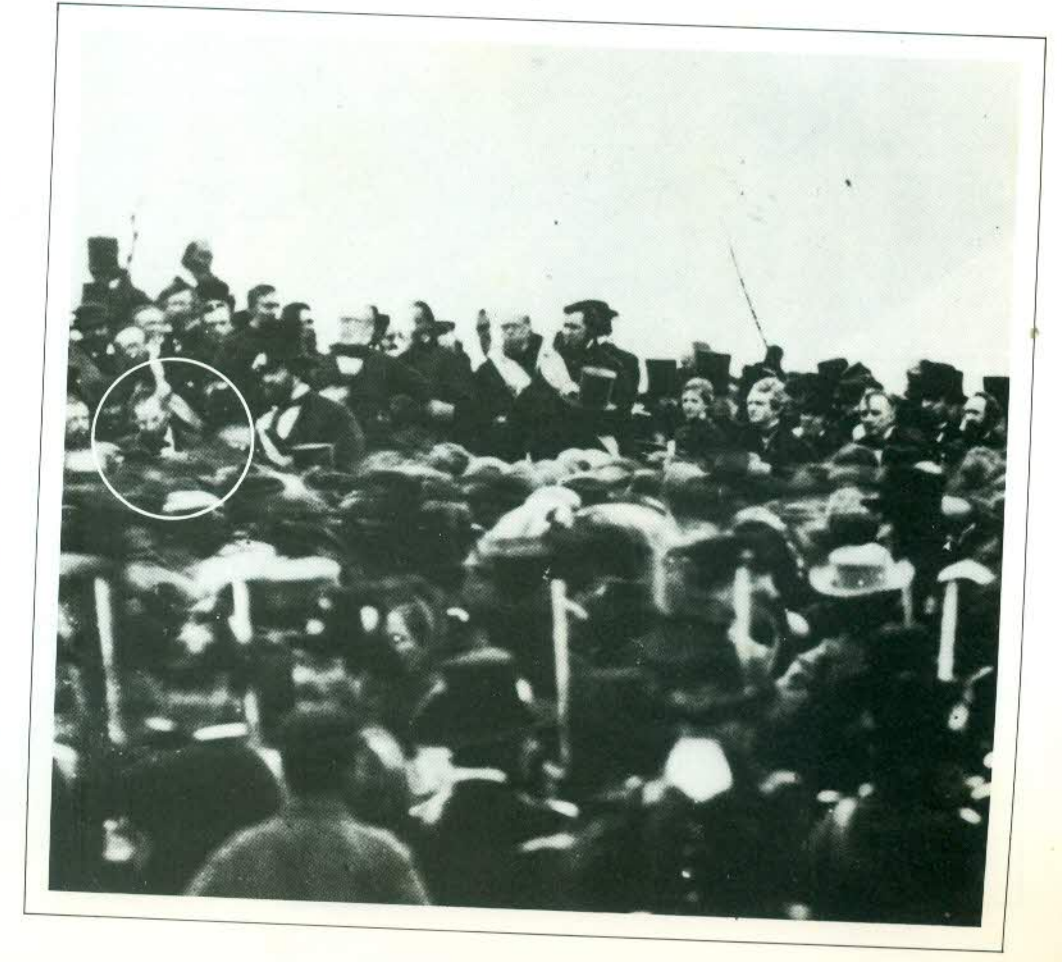
El día después de la batalla de Gettysburg los sudistas sufrieron otro grave revés: hostigados por el hambre, su guarnición de Vicksburg, decidió rendirse y dejar el curso del Mississippi en manos de los federales. Aquel día, 4 de julio de 1863, la guerra cambió de rumbo pero entonces no se percibieron de modo inmediato todas las consecuencias de ello. Sin embargo, era evidente que Lee había perdido —y no podía reemplazarlos— 27.000 hombres de entre 75.000, y que se había esfumado su reputación de invencible.

Condujo sus tropas por el valle del Shenandoah hacia sus antiguas posiciones detrás de los ríos Rappahannock y Rapidan. Sabía que sus fuerzas en hombres y material, aún importantes, no le bastarían para invadir de nuevo el Norte. La Confederación no perdió la guerra a causa de su derrota en Gettysburg, pero a raíz de esta batalla la victoria de la Unión era inevitable.

«**Hace veintisiete años** nuestros padres vieron nacer en este continente una nueva nación, surgida en libertad y convencida del principio de que todos los hombres han sido creados iguales...» Así inició el presidente Lincoln (en el círculo) su alocución en Gettysburg el 19 de noviembre de 1863. Necesitó diez minutos y 15 segundos para pronunciar diez frases, delante de una muchedumbre compuesta por 15.000 personas llegadas a los escenarios de la batalla, en la inauguración del cementerio militar nacional.

La breve alocución de Lincoln —271 palabras en total— contrasta bastante con el panegírico de una hora y 57 minutos pronunciado por Edward Everett, el más famoso orador del país.

Pero pocos de los presentes apreciaron las palabras de Lincoln, y él mismo, al sentarse, comentó a alguien: «Es un fracaso total.» Sin embargo, cuando sus compatriotas leyeron y releyeron estas simples y directas palabras, se dieron cuenta de que no se les había dado todo su valor. En algunas líneas, inmortalizadas bajo la denominación de Memorial de Gettysburg, Lincoln expresó todo lo que sustentaba la fe de los nuevos Estados Unidos.



Sedán/ *1 de septiembre de 1870*

La cólera francesa condujo al inicio de las hostilidades el 19 de julio de 1870. Como los acontecimientos iban a probar, la Francia de Napoleón III, que se vanagloriaba a menudo de sus hazañas militares, no estaba en condiciones de iniciar una gran guerra mientras que, al otro lado del Rin, frente a Alsacia y Lorena, Prusia alineaba más de 380.000 hombres bien armados.

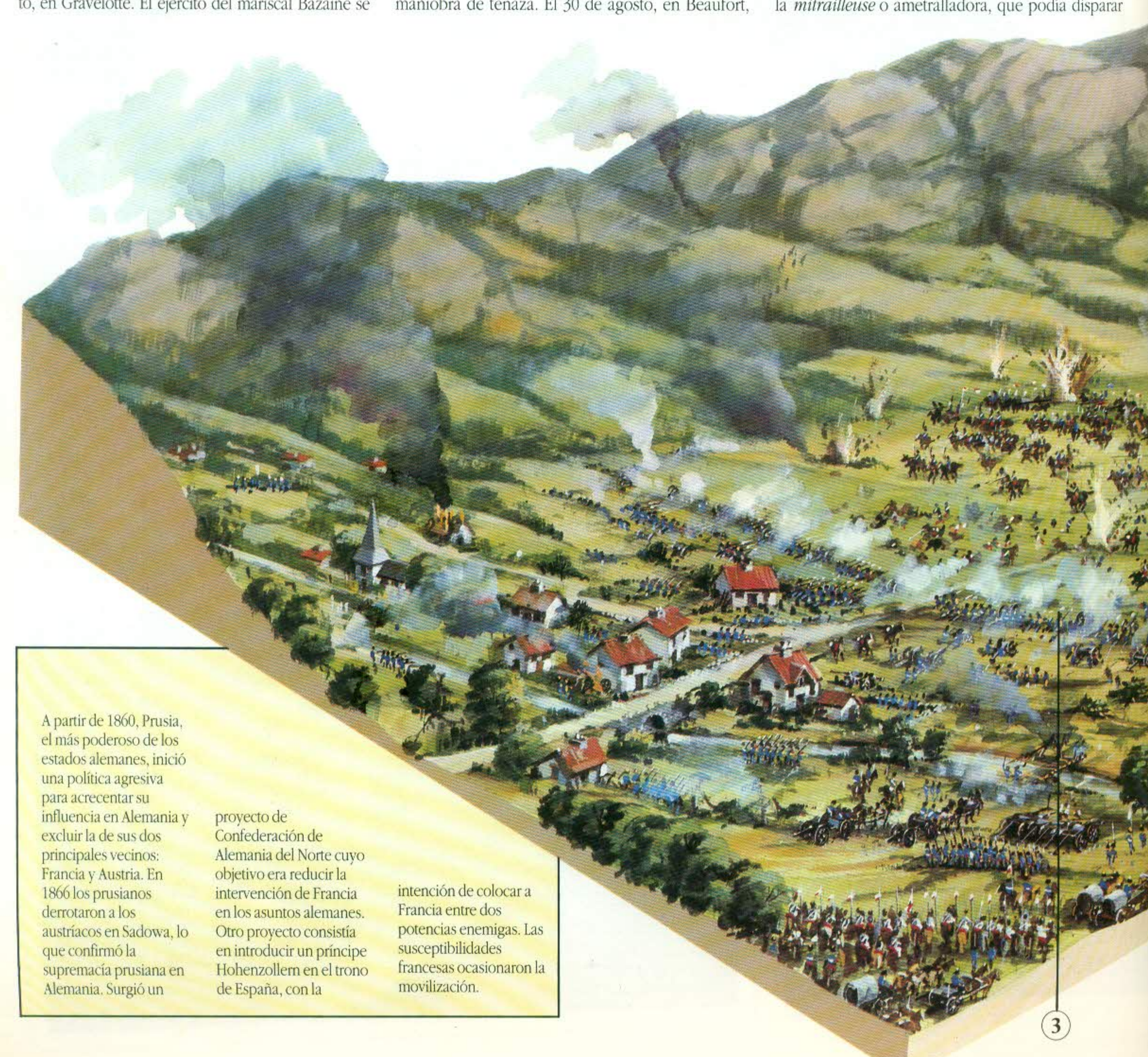
El 1 de agosto, el Emperador se encontraba a la cabeza de 250.000 hombres mal dispuestos para el combate. Pero, confiado en el proverbial *élan* del soldado francés, dio la orden de penetrar en territorio enemigo. Sería el primero de una serie de errores que iban a conducir al desastre de Sedán.

Los franceses fueron vencidos en North, en Spicheren, en Mars la Tour, y después, el 18 de agosto, en Gravelotte. El ejército del mariscal Bazaine se vio forzado a replegarse hacia el campo fortificado de Metz, donde 15.000 prusianos lo rodearon. Después de North, MacMahon retrocedió 240 km hasta Châlons, donde Napoleón vino a reunírsele. El 20 de agosto, el ejército de Châlons estaba formado. En París, el gobierno decidió que debería incorporársele Bazaine, quien forzaba el sitio de Metz y se dirigía hacia el norte. El Emperador aceptó el plan. MacMahon se puso entretanto en marcha hacia el nordeste, en dirección a la frontera belga, en un intento de evitar a los prusianos. Debía atacar inmediatamente en dirección al sur para reunirse con Bazaine.

Los prusianos sacaron pronto partido de este torpe plan y enviaron su 3.er Ejército y el ejército del Mosa al norte para que tomasen Francia en una maniobra de tenaza. El 30 de agosto, en Beaufort, los prusianos, a las órdenes de Moltke, sorprendieron al ejército francés que perdió 5.000 hombres y 40 cañones. MacMahon se replegó a Sedán.

El 31 de agosto, el ejército de Châlons ocupaba Sedán y sus alrededores, un triángulo comprendido entre los ríos Mosa, Floing y Givonne. La posición se encontraba rodeada de colinas, emplazamiento ideal para las baterías prusianas.

Al amanecer del 1 de septiembre se desencadenó el ataque. Los alemanes disponían de 90.000 hombres más que los franceses. Estaban equipados con el viejo fusil de aguja Dreyse de 1841, pero contaban con una poderosa artillería, los cañones Krupp estriados de retrocarga. Los franceses estaban armados con fusiles Chassepot, de alcance doble al del Dreyse, viejos cañones de avancarga y también con la *mitrailleuse* o ametralladora, que podía disparar

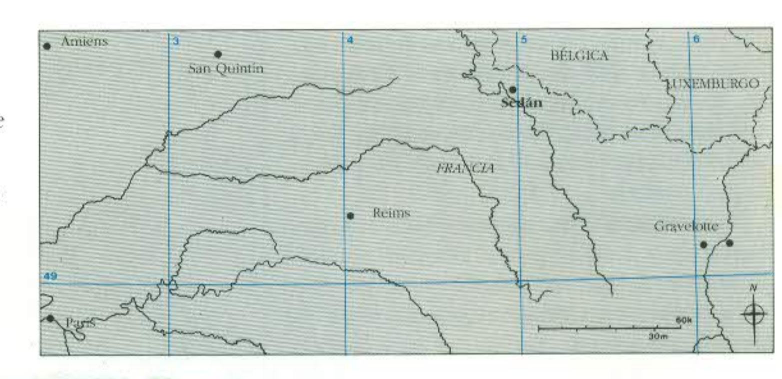


A partir de 1860, Prusia, el más poderoso de los estados alemanes, inició una política agresiva para acrecentar su influencia en Alemania y excluir la de sus dos principales vecinos: Francia y Austria. En 1866 los prusianos derrotaron a los austríacos en Sadowa, lo que confirmó la supremacía prusiana en Alemania. Surgió un proyecto de Confederación de Alemania del Norte cuyo objetivo era reducir la intervención de Francia en los asuntos alemanes. Otro proyecto consistía en introducir un príncipe Hohenzollern en el trono de España, con la intención de colocar a Francia entre dos potencias enemigas. Las susceptibilidades francesas ocasionaron la movilización.

El 1 de septiembre de 1870, a las 14,30 horas, tras dos cargas sin resultado, los franceses intentaron recomponer sus líneas y atacar por tercera vez. El día era bueno y soleado, y la visibilidad, excelente.

Sedán se encuentra en un fértil valle. Al norte, el terreno se eleva hacia las Ardenas. Los prusianos ocupaban Floing, a 2,5 km hacia el noroeste. Los franceses deberían apoderarse de ésta si querían romper el cerco.

La caballería francesa debía cargar a través una difícil pendiente **(1)** en dirección de Floing, sobre un terreno irregular, tan accidentado que resultaba difícil mantener el empuje de la carga sin que los caballos no tropezaran y cayeran.



La importancia estratégica de Sedán se debía a su posición sobre el Mosa, único gran obstáculo natural entre la frontera alemana y París.



Floing
Río Mosa
Sedán
N
1k

La táctica francesa era elemental: lanzar en masa a la caballería **(2)** para romper el cerco prusiano **(3)**; cuando Ducrot le pidió si se podía cargar una tercera vez, Gallifet respondió: «Tanto como queráis, mi general, tanto hasta que no quede nadie!»

El rey de Prusia y futuro emperador de Alemania, Guillermo I, muy apasionado de las costumbres militares, observaba las operaciones desde una colina **(4)** cerca de Sedán. Cuando la caballería francesa lanzó su tercera carga, exclamó admirado: «¡Oh, qué valientes!» Sedán quedó comprendida en ese período transitorio en la forma de llevarse a cabo las guerras durante el que el puro valor se mezclaba con las balas y los obuses.

Con el frente en descomposición y la caballería rechazada por dos veces, Ducrot ordenó la tercera carga. Las filas atacantes recibieron un fuego implacable, y cuando Gallifet y el resto de sus heroicos escuadrones retrocedió, los prusianos cesaron el fuego para dejar que se retiraran.

Un oficial de artillería prusiano escribió tras la batalla: «El espectáculo de la carnicería era horrible y nos llegaban los gritos atroces de las víctimas de nuestro obuses.»



Los soldados prusianos (derecha), muy disciplinados, se tomaban la guerra en serio. En 18 días los alemanes llevaron a la frontera 380.000 hombres, una auténtica hazaña.

125 proyectiles por minuto. Desgraciadamente, esta nueva arma se había mantenido tan en secreto que los oficiales no sabían cómo emplearla de forma verdaderamente eficaz. En esta circunstancia, fue la artillería prusiana quien dominó la batalla y determinó el resultado.

En las primeras horas de la acción, MacMahon fue herido y cedió el mando al general Ducrot. Consciente de que su situación no le permitía abrigar esperanza, decidió asegurarse una línea de repliegue antes de que los prusianos terminasen el cerco. Pero cuando el general Wimpffen, llegado la víspera, conoció este proyecto, presentó órdenes escritas del ministro de la Guerra autorizándole a tomar el mando en caso de incapacidad de MacMahon. En el espacio de poco más de cuatro horas, el ejército de Châlons había tenido tres comandantes en jefe.

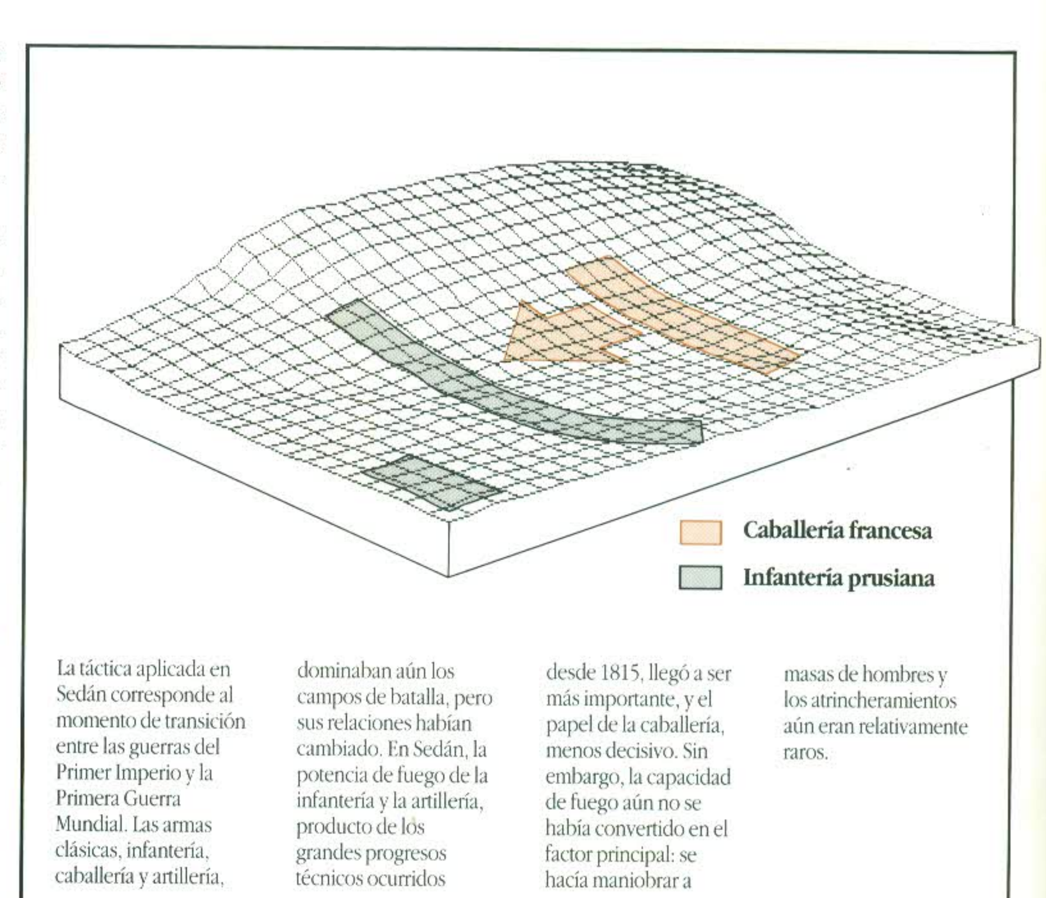
Wimpffen renunció al repliegue y se jactó de arrojar al enemigo al Mosa en dos horas. Su plan no tenía ninguna posibilidad: la artillería prusiana se reforzaba constantemente y provocaba ya terribles estragos.

Hacia las 11 de la mañana los prusianos consumaban el cerco y se reunían al norte de Sedán. Aunque el Emperador pensó en una posible rendición, se decidió intentar romper el cerco enemigo hacia el norte por la ciudad de Floing. La división de caballería del general Margueritte sería la punta de lanza de la operación, sostenida por la infantería de Ducrot. Pero Margueritte cayó muerto antes de haber terminado el reconocimiento de las líneas contrarias. El general Gallifet tomó su lugar y condujo tres cargas heroicas contra Floing. Después de la tercera, como lo que quedara de los escuadrones se retiraba, los oficiales prusianos detuvieron el fuego para dejarlos marchar.

No había ya más salida. El Emperador mandó izar la bandera blanca. Al principio Wimpffer intentó negarse, pero como no había podido obtener un refuerzo suplementario, se resignó a la derrota.

Los alemanes consiguieron una importante victoria. Habían padecido menos de 9.000 bajas, mientras que los franceses perdían 17.000 hombres, 104.000 prisioneros, toda su artillería y todos sus pertrechos.

La consecuencia más importante de la batalla de Sedán fue que en enero de 1871, las victoriosas fuerzas prusianas consiguieron la rendición de la ciudad de París. De este modo, la capital francesa, árbitro y centro de la política en el continente europeo durante dos siglos, dejó el puesto a Berlín, que detentó esa supremacía hasta la conclusión, desfavorable para Alemania, de la Primera Guerra Mundial. La capitulación de París propició la proclamación de la Comuna, en marzo, con un gran saldo de vidas, en tanto que en virtud del tratado de Franckfurt, Francia hubo de indemnizar a Alemania con 200 millones de libras, dar a ésta un trato de favor en las relaciones internacionales y conseguir la anexión de las regiones de Alsacia y parte de Lorena.



La táctica aplicada en Sedán corresponde al momento de transición entre las guerras del Primer Imperio y la Primera Guerra Mundial. Las armas clásicas, infantería, caballería y artillería, dominaban aún los campos de batalla, pero sus relaciones habían cambiado. En Sedán, la potencia de fuego de la infantería y la artillería, producto de los grandes progresos técnicos ocurridos desde 1815, llegó a ser más importante, y el papel de la caballería, menos decisivo. Sin embargo, la capacidad de fuego aún no se había convertido en el factor principal: se hacía maniobrar a masas de hombres y los atrincheramientos aún eran relativamente raros.

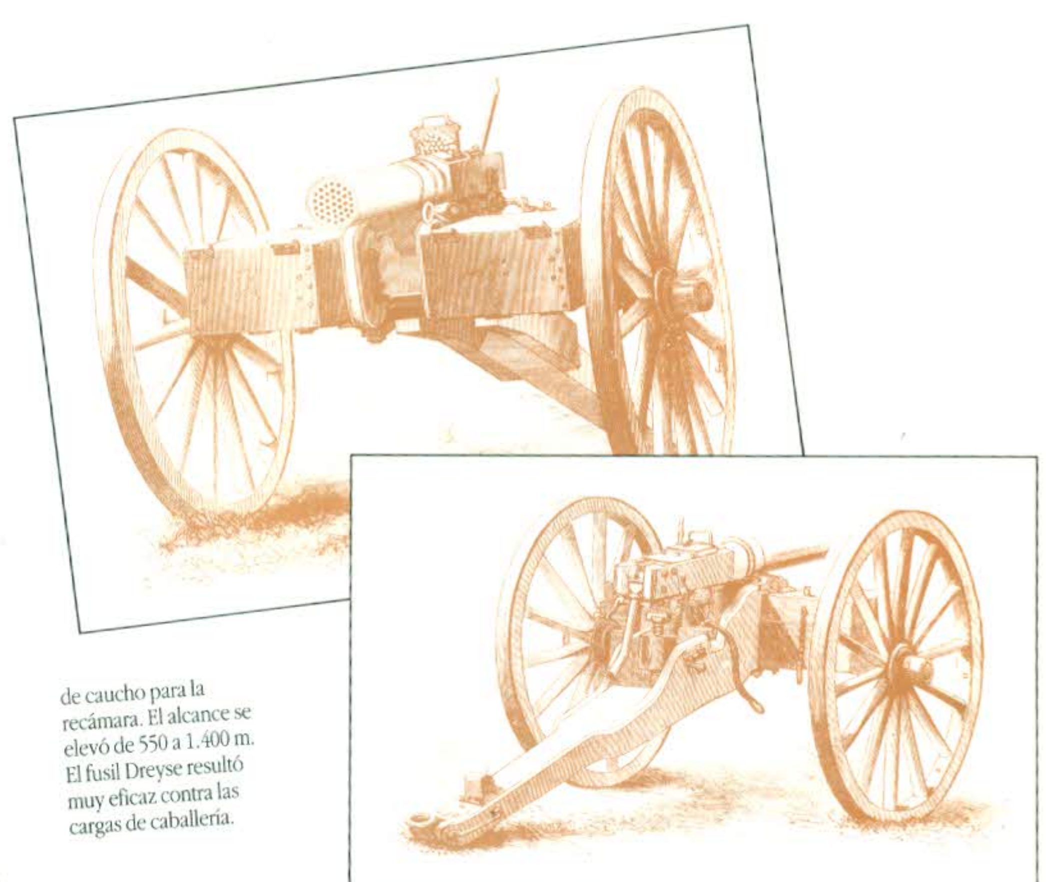




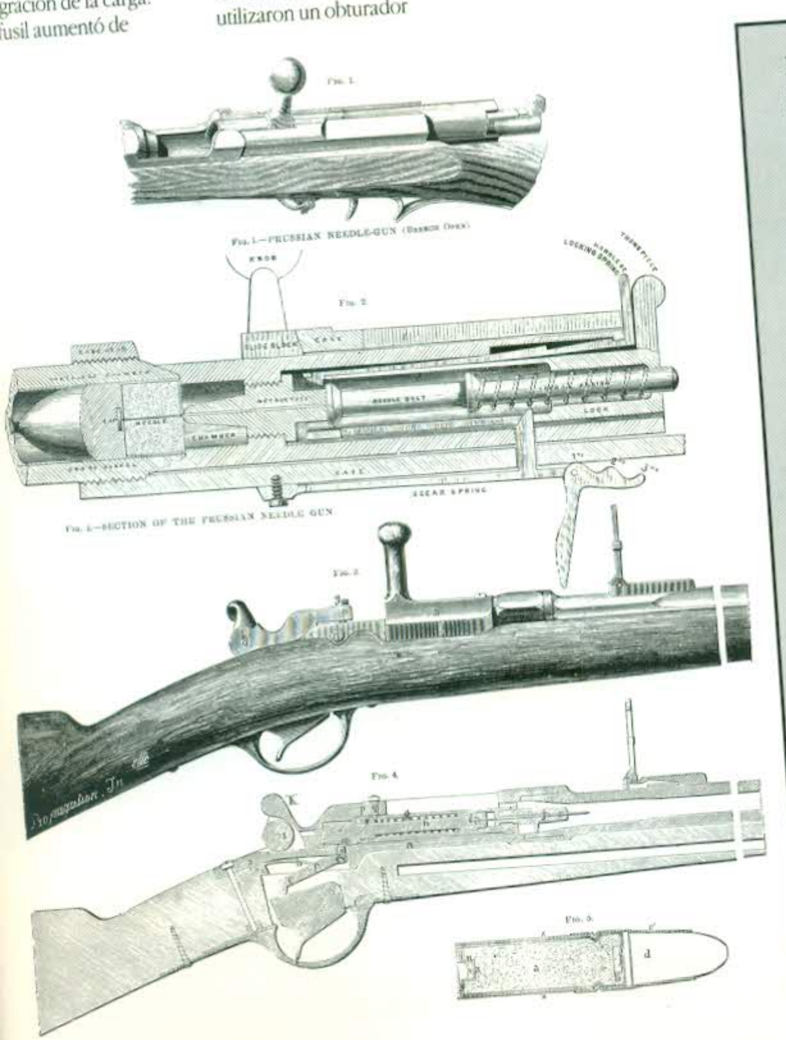


Mariscal MacMahon, duque de Magenta (1808-1839) (arriba). Aunque audaz y muy valiente, su experiencia conseguida en África y en Crimea no le había preparado para enfrentarse a los prusianos. Su reputación, no obstante, sobrevivió en Sedán. **General Emmanuel Félix de Wimpffen (1811-1884)** (arriba, izquierda). En Sedán su ambición le cegó y le impidió comprender que la situación era desesperada. Es a él a quien tocó la poco envidiable tarea de negociar la capitulación. **Helmuth von Moltke (1800-1891)** (izquierda), soldado de capacidad excepcional, conocedor notable de las técnicas de la gran guerra. Había sido nombrado jefe del estado mayor prusiano en 1857.

le balas» o
ra era el fruto
que Napoleón
i por el
. Los franceses
entaban desde
onstruyeron en
spués de 1866.
aspecto
n embargo, el
mo de los
, quienes no
su papel. La
dora tenía 25
cada uno
a sucesivamente
on de una
a. Lograba un
alcance de 1.800 m y lanzaba 125 proyectiles por minuto. Los jefes militares no llegaron a darse cuenta de sus posibilidades: se desplegó en batería en terreno descubierto y se la utilizó de forma ineficaz, como una boca de fuego ordinaria.



l prusiano
e (abajo), es una
primitiva de arma
ocarga. El
ador liberaba una
percutora que
raba la base del
cho y provocaba la
gración de la carga.
fusil aumentó de
forma considerable la precisión y la cadencia de tiro de la infantería, pero era poco seguro y a veces incluso llegó a reventar en la cara del tirador. Su principio lo adoptaron y mejoraron los franceses, quienes utilizaron un obturador de caucho para la recámara. El alcance se elevó de 550 a 1.400 m. El fusil Dreyse resultó muy eficaz contra las cargas de caballería.



La humillación sufrida por los franceses en Sedán decidió el final de la guerra. La capitulación de Napoleón III fue catastrófica para su dinastía. Su régimen, inestable y cada vez más impopular, no pudo sobrevivir. Un levantamiento popular derrocó el Imperio el 4 de septiembre, se proclamó la República y Napoleón III siguió a la Emperatriz Eugenia al exilio de Gran Bretaña.

En quince días los prusianos llegaron a París, que sufrió un largo asedio. Gambetta escapó en globo para ir a reunir en provincias nuevos ejércitos. Tres intentos de salida no tuvieron éxito y por último, el gobernador militar de la capital, Trochu, pidió un armisticio, que se firmó en Versalles el 29 de enero de 1871.

Los prusianos hicieron su entrada en París. En Versalles, Guillermo I, rey de Prusia, fue proclamado Emperador de Alemania el 18 de enero.

En virtud del tratado de Franckfurt, de mayo de 1871, Francia cedía Alsacia y una parte de Lorena. Alemania sustituyó a Francia como la primera fuerza militar del continente europeo.

Little Big Horn/ *25 de junio de 1876*

George Armstrong Custer persiguió durante toda su vida una gloria que sólo la muerte le proporcionó cuando él y sus hombres fueron masacrados en el curso del enfrentamiento inmortalizado bajo el nombre del «último combate de Custer».

Salido de la academia militar de West Point en 1861, año que estalló la guerra de Secesión, al cabo de dos años, cuando tenía 23, ya era conocido como «el joven general». Siempre impulsivo y alborotador, su arrojo nunca se puso en duda, pero sus hazañas costaron bastante caras, sobre todo en muertos y heridos.

El general Sheridan tomó cariño a Custer, y al finalizar 1864 este último se encontraba a la cabeza de una división. En julio de 1868, un año después de acabar la guerra, Custer, pasado del rango de general en tiempos de guerra al de teniente coronel en el ejército regular, recibió de Sheridan el encargo de iniciar una expedición de castigo contra las tribus cheyenes y arapahoes. Con 700 soldados del 7.º de Caballería encontró un campamento indio en el río Washita y masacró hombres, mujeres y niños en una de esas frenéticas matanzas que deshonraron el ejército norteamericano en el transcurso de la segunda mitad del siglo XIX. El comandante Elliot y 19 hombres, al ver huir a los indios, se dispusieron a perseguirlos. Un explorador advirtió el tiroteo en la parte más baja del valle; Custer no prestó atención y se retiró con su regimiento casi intacto.

Pero a menos de tres kilómetros del poblado devastado por Custer, otro colono descubrió los cadáveres mutilados de Elliot y sus soldados. Ocho años más tarde, en 1784, Custer estaba a la cabeza de una expedición en las Montañas Negras de Dakota. Unos rumores habían desencadenado la invasión de una multitud de buscadores de oro en la región, cedida a los sioux. Furiosos, éstos, junto con otros indios del nordeste, los cheyenes, reunieron un numeroso ejército.

Sheridan preparó contra los indios una triple operación: el general Crook marcharía al norte desde Fuerte Fetterman, el coronel Gibbon iría hacia el este desde Fuerte Ellis y el general Terry se encaminaría al oeste desde Fuerte Lincoln. Las tropas de Terry comprendían el 7.º de Caballería cuyo coronel, Custer, estaba relegado de su mando por haber disgustado al presidente Grant. Pero Terry sostenía ante él que Custer debía acompañarle porque conocía la región, y Grant cedió.

El 21 de junio, en la confluencia del Rosebud y del Yellowstone, Terry accedió al ardiente deseo de Custer: tener el mando de una unidad autónoma. Custer debía remontar unos 150 km el Rosebud antes de girar a la izquierda en el valle de Little Big Horn. Rechazó imprudentemente la proposición de Terry, que ofrecía cuatro escuadrones suplementarios del 2.º Regimiento y también dos cañones Gatling, y el 22 de junio, hacia el mediodía, partió a su destino.

Custer aceleró el paso y en la tarde del 24 de junio había recorrido más de 110 km. A pesar del cansancio de hombres y caballos al acabar dos fatigosos

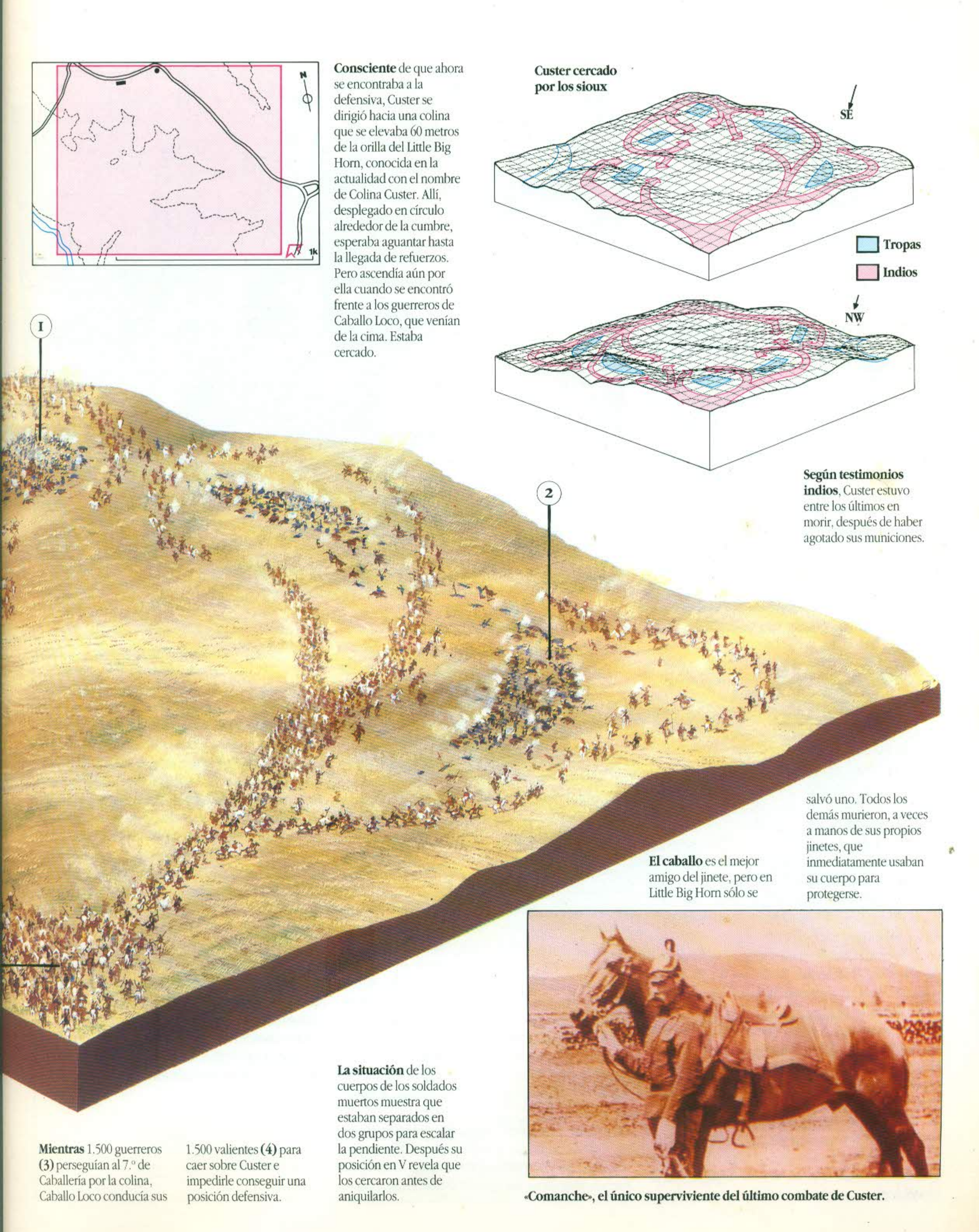
Según lo firmado en el tratado de 1868, los territorios de las Montañas Negras y del Yellowstone, en Montana, se cedían a los sioux a perpetuidad. Pero en 1873, la opinión pública presionó a su gobierno para que permitiera el acceso a la región de los buscadores de oro. Esto, unido a la exterminación de los búfalos, provocó la cólera de los indios, quienes tomaron la lógica determinación de luchar para defender sus tierras y su libertad.

La batalla de Little Big Horn tuvo lugar en la tarde del 25 de junio de 1876 en un área de 1.500 m. Seguro de sus hombres y de su táctica, Custer no sabía que se ponía en manos del enemigo.

La masacre se cebó particularmente en la familia Custer: junto al cuerpo de George **(1)** yacían los de sus hermanos Tom, capitán de caballería, y Boston, civil, así como el de su joven sobrino Autie Reed.

Al otro lado de la colina se encontró el cadáver de su cuñado, el teniente Calhoun **(2)**.

Durante los diez años que precedieron a 1876, el ferrocarril transcontinental atravesó el territorio indio, y las manadas de búfalos, vitales para la economía india, fueron exterminadas. Aparte de su interés comercial, la caza del búfalo pretendía además hacer padecer hambre a los indios para someterlos. A pesar de esta política agresiva, el ejército de Estados Unidos se encontraba disperso en las llanuras centrales del país, que era donde posiblemente se reunirían los indios para aniquilar grupos aislados. La resistencia fue muy fuerte por parte de dos jefes sioux, Caballo Loco y Toro Sentado, que tomaron el mando en lugar de los jefes más ancianos y conciliadores. Ambos estaban decididos a mantener el poder sobre los territorios de caza sioux al sur del río Platte, en el que la cesión, en 1873, situaba la tierra sagrada de los sioux en las Montañas Negras. Las negociaciones continuaron y los jefes pidieron 600 millones de dólares para las Montañas Negras. Los representantes del Gobierno propusieron sólo seis millones, pero la oferta se rechazó y finalmente, en la primavera de 1876, el Ministerio del Interior confió al ejército la misión de «pacificar» la región.



Consciente de que ahora se encontraba a la defensiva, Custer se dirigió hacia una colina que se elevaba 60 metros de la orilla del Little Big Horn, conocida en la actualidad con el nombre de Colina Custer. Allí, desplegado en círculo alrededor de la cumbre, esperaba aguantar hasta la llegada de refuerzos. Pero ascendía aún por ella cuando se encontró frente a los guerreros de Caballo Loco, que venían de la cima. Estaba cercado.

Según testimonios indios, Custer estuvo entre los últimos en morir, después de haber agotado sus municiones.

El caballo es el mejor amigo del jinete, pero en Little Big Horn sólo se salvó uno. Todos los demás murieron, a veces a manos de sus propios jinetes, que inmediatamente usaban su cuerpo para protegerse.

«Comanche», el único superviviente del último combate de Custer.

Mientras 1.500 guerreros **(3)** perseguían al 7.º de Caballería por la colina, Caballo Loco conducía sus 1.500 valientes **(4)** para caer sobre Custer e impedirle conseguir una posición defensiva.

La situación de los cuerpos de los soldados muertos muestra que estaban separados en dos grupos para escalar la pendiente. Después su posición en V revela que los cercaron antes de aniquilarlos.

días y medio, rechazó hacer un alto e inició una marcha de noche en dirección a Little Bing Horn que acabó de agotar a sus hombres. Cuando se detuvo por fin, al amanecer del 25 de junio, Custer dio orden de descansar con vistas al ataque del 26, fecha en la que Gibbon debía llegar. Pero sus exploradores le indicaron que a menos de 25 km al nordeste había un campamento como no habían visto hasta entonces. Un segundo informe anunció que los indios parecían disponerse a levantar el campo. La tentación fue muy fuerte: Custer no pudo resistirse y dio órdenes de atacar antes de que los indios hubiesen tenido tiempo de marchar.

Sus exploradores le advirtieron que había muchos sioux y cheyenes, y que el regimiento no tenía tantas municiones, pero él se sonrió, seguro de poder dispersar a una banda de salvajes cuyo número estimaba en unos 1.500 como máximo. Estaba muy lejos de la verdad, pues un reconocimiento más cuidadoso le habría apercibido de que allí se encontraban alrededor de 3.500 guerreros.

Como ya hizo en Washita, dividió sus fuerzas para atacar desde varios flancos a la vez. Tres escuadrones partieron con el comandante Reno, otros tres con el capitán Benteen y uno, a las órdenes del capitán MacDougall, quedó en la retaguardia con las municiones. El propio Custer tomó cinco escuadrones. Benteen debía marchar al sudoeste, hacia Little Big Horn, para «caer sobre todo lo que encontrara». Reno debía atacar el campamento por el flanco sur y Custer marcharía al norte y se ocultaría detrás de las colinas para atacar por la otra cara.

Custer creía que tomaría a los indios por sorpresa mientras éstos se dirigían al sur para hacer frente a Reno. Sin embargo, lo que sucedió fue a la inversa: Caballo Loco sabía que Custer estaba detrás de las colinas, pero sus exploradores no habían detectado los movimientos de Reno.

Desde la altura, Custer descubrió un auténtico mar de tipis en los que la vida parecía desarrollarse de modo normal; los indios no se disponían a levantar el campo. Había destacado a Benteen para nada. Ordenó a su corneta ir inmediatamente a la busca del capitán para que regresara, trayendo además de nuevo las reservas de municiones.

En el momento en que el enlace, un emigrante italiano que apenas chapurreaba el inglés, se disponía a salir, Cooke, un adjunto de Custer, le dio un mensaje escrito a toda prisa: «Benteen. Venga. Gran poblado. De prisa. Traiga refuerzos. W. W. Cooke. PS. Traiga refuerzos.» Esta nota garabateada es la última señal de vida que se tuvo de Custer y sus 225 hombres.

En ese momento, el comandante Reno había visto las tiendas de los sioux. Ordenó pie a tierra y comenzó a disparar. Los indios reaccionaron con prontitud ante el ataque, que devolvieron con fuerza, y Reno hizo retroceder sus tropas desde el abrigo de los árboles en la orilla oeste del curso del río, antes de ir a parapetarse en las elevaciones de la otra orilla. Esto provocó el pánico y las bajas fueron numerosas una vez que la tropa se vio al descubierto.



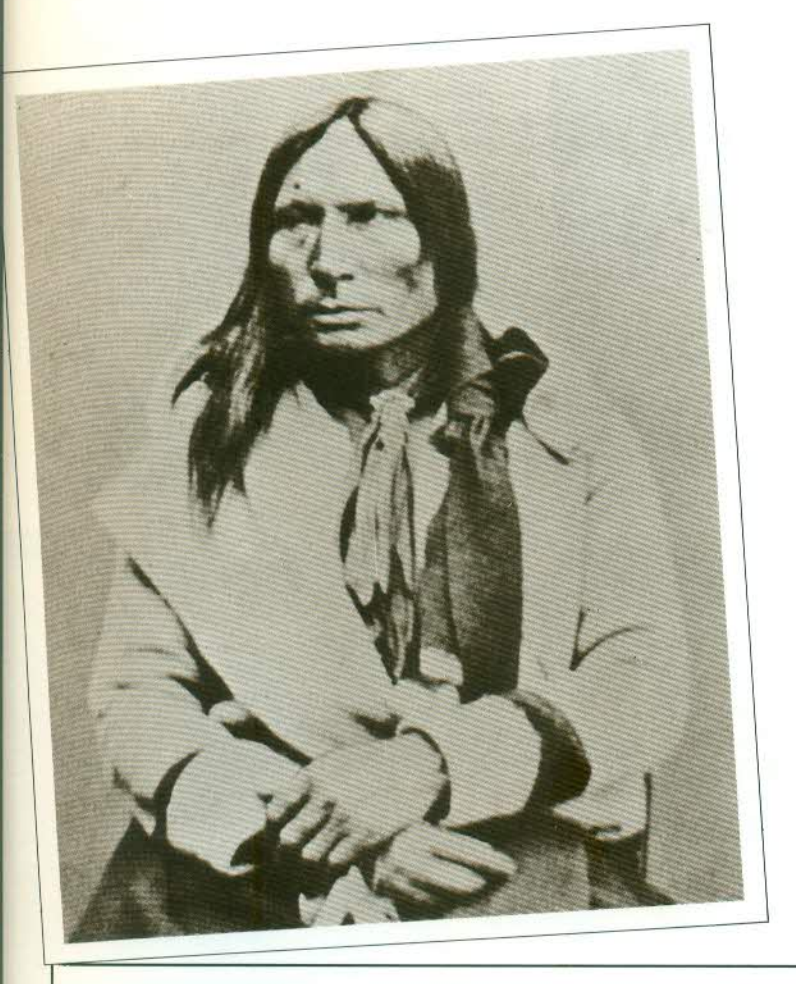
El coronel Custer posa con sus exploradores indios delante de una tienda del ferrocarril de *Northern Pacific* en 1873 en el transcurso de la expedición de Yellowstone. A su derecha, su favorito, Cuchillo Sangriento, de la tribu Crow, que se encontraba con Reno el día 25 y fue uno de los primeros en morir. Custer gustaba de los uniformes excéntricos. General de voluntarios de la guerra de Secesión, vistió un traje de terciopelo negro diseñado por él mismo. Luego llevó una chaqueta de piel con flecos, un pantalón azul, un pañuelo rojo y un sombrero de alas anchas. Los indios le llamaban «Cabellos Largos» porque su cabellera castaña le caía por la espalda.

Poco después, el capitán Benteen y el resto del 7.º de Caballería se reunieron con Reno; se encontraron frente a una multitud tan impresionante de indios que decidieron replegarse a su perímetro defensivo.

Cuando descendían desde las colinas, Custer y sus hombres se vieron cercados por una masa de unos 1.500 indios. Al límite de sus fuerzas y sometidos a un violento ataque en terreno descubierto, los soldados se dirigieron a su derecha con la esperanza de alcanzar una elevación en el terreno norte de las colinas, donde colocarse en posición de defensa en círculo y esperar refuerzos.

Pero Caballo Loco había decidido otra cosa. Mientras los soldados intentaban con desesperación escalar la colina, condujo otros 1.500 guerreros, que marcharon en fila por el flanco en la orilla opuesta, a lo largo de Little Big Horn, y que atravesaron para atacar a Custer por detrás y atraparlo en un cerco mortal antes que pudiese llegar a la cumbre. Es probable que todo acabase en menos de media hora. La jornada había costado a los indios unos cuarenta hombres; el único superviviente del 7.º Regimiento fue el caballo llamado «Comanche» de un oficial. Después de la batalla, la prensa y el público hicieron de Custer un héroe. Pero la posteridad le ha juzgado de otra forma.

Little Big Horn, como algunos de los choques entre fuerzas británicas y zulúes, demostró una vez más que no debe menospreciarse el valor de las fuerzas irregulares, en especial cuando éstas poseen la iniciativa y cuentan con un caudillaje lo suficientemente hábil para explotar todas sus posibilidades y aprovechar los errores del contrario. Esta derrota de un regimiento de caballería al mando de un oficial tan prestigioso a manos de unos irregulares que tantas veces fueron menospreciados, debió de haber servido de advertencia para que experiencias similares no se repitieran. Sin embargo, del mismo modo que Custer se permitió cometer una serie de fallos imperdonables, como no tomar las precauciones básicas toda vez que operaba en un territorio que le era adverso, más tarde los británicos padecerían derrotas de características similares durante la guerra de los *boer*. Asimismo, el menosprecio por el enemigo y una planificación inadecuada frente a fuerzas irregulares fueron responsables del resultado de una de las batallas más famosas del siglo XX: la de Dien Bien Phu, en la que las fuerzas de elite francesas con apoyo aéreo y acorazado se dejaron cercar por un enemigo potencialmente más débil, el *Viet Minh*, para caer en la trampa que ellas mismas habían tendido. No se puede juzgar a un hombre por un sólo error, pero Little Big Horn no dice mucho a favor de Custer como jefe táctico, sino todo lo contrario.



Caballo Loco no se dejaba fotografiar fácilmente, pero se cree que este daguerrotipo (debido a S. J. Morrow) es su retrato. Conocido por su valor, todos los sioux Oglala le respetaban y le consideraban el mejor jefe.
Todo Sentado, sin duda el más célebre de todos los jefes indios, admitió no haber tomado parte en el combate. Se quedó en su tipi para «preparar una medicina». Para los sioux, y más tarde también para los blancos, los nombres de Caballo Loco y Toro Sentado se convirtieron en sinónimos de libertad y de resistencia contra la usurpación de los blancos.

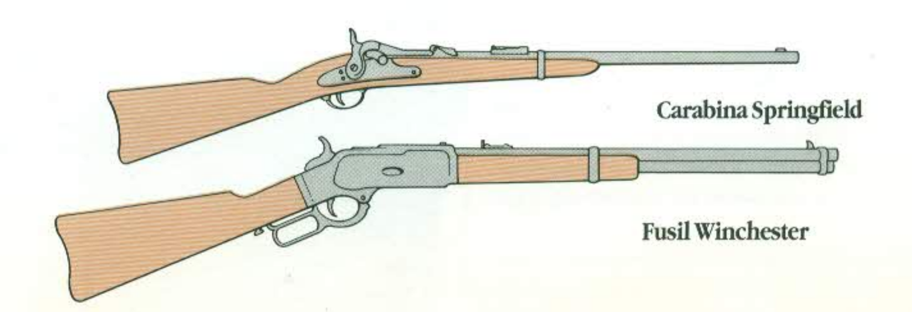
La importancia de la batalla de Little Big Horn reside en el hecho de ser una de las pocas victorias conseguidas por los guerreros indígenas sobre las fuerzas invasoras de los estados del Oeste. A pesar de su triunfo, los indios tenían pocas esperanzas de ganar la guerra. La muerte de Custer encolerizó a los blancos. Se reforzaron las tropas enviadas contra Caballo Loco y Toro Sentado. En las batallas posteriores, la Horquilla de la Mujer Loca y Monte del Lobo, los sioux nada pudieron contra la artillería y fueron dispersados y aislados. Toro Sentado se refugió en Canadá con algunos guerreros. Caballo Loco terminó por rendirse y, enfermo, fue enviado a Fort Robertson, donde murió algunas semanas más tarde de un bayonetazo mientras «intentaba escaparse». El mayor triunfo de los indios se convirtió en una tragedia, y aquél cuya loca jactancia contribuyó a su derrota, George Armstrong Custer, pasaría a ser un héroe popular.

Con sus arma tradicionales —*tomahawk*, palos, cuchillos de escalpelo, arcos y lanzas— los indios, curiosamente, estaban mejor preparados para el cuerpo a cuerpo que los soldados de Custer, quienes, con el fin de moverse con mayor sigilo, no llevaban sus sables. Con sus Winchester de 1866 con cargador, los indios poseían un arma bastante superior a la carabina Springfield de 11 mm de retrocarga, como la que emplean los soldados de la ilustración. Fue arma de ordenanza del ejército estadounidense hasta la década de los 90.

Bautizado como la ciudad de Connecticut donde radicó la fábrica de armas del estado de 1794 a 1796, el Springfield se alimentaba bala a bala, por lo que resultaba mucho más lento que el Winchester 44 (de 11 mm), fusil de repetición que podía disparar 13 cartuchos.

Hecho para hacer fuego a lomo, el Winchester era una arma muy fiable; adoptado por los pioneros, durante la famosa «conquista del Oeste», este fusil resultó igualmente popular entre los indios, quienes lo conseguían de traficantes. Se cree que en Little Big Horn, uno de cada cinco indios tenían uno.





Omdurmán/ *2 de septiembre de 1898*

El general Gordon, cristiano ferviente que había trabajado duro para suprimir la esclavitud en Sudán, llegó a Jartum en febrero de 1884 para supervisar la evacuación británica. Pero pronto le convencieron de que sería escandaloso abandonar a los sudaneses a los feroces derviches del *Mahdí*. Entonces pidió refuerzos a Londres, pero Gladstone, reticente ante la idea de comprometerse en una guerra colonial, le dio largas. Cuando cedió al fin a la presión de la opinión pública y consintió en enviar un cuerpo expedicionario, era demasiado tarde: la expedición llegó a Jartum dos días después de la conquista de la ciudad por el *Mahdí* y el asesinato de Gordon a lanzazos en las escaleras del palacio del gobernador. Muchos británicos consideraron entonces a Gladstone como un homicida.

El *Mahdí* murió poco tiempo después, pero su sucesor el califa, tan sanguinario como su antecesor, no cesó de provocar a los angloegipcios en la frontera sudanesa. En 1896, el gobierno conservador de lord Salisbury decidió la reconquista del Sudán para vengar la muerte de Gordon, poner término al tráfico de esclavos y restablecer el orden en la región.

La tarea le fue confiada a Kitchener, militar severo y autoritario, *sirdar* (comandante en jefe) del ejército egipcio creado por los británicos y que comprendía excelentes batallones reclutados entre los nativos del Sudán meridional, hombres que odiaban a los derviches. Como comandante de tropas en combate, Kitchener carecía de experiencia, pero era un oficial de talento, dotado para la organización y la administración.

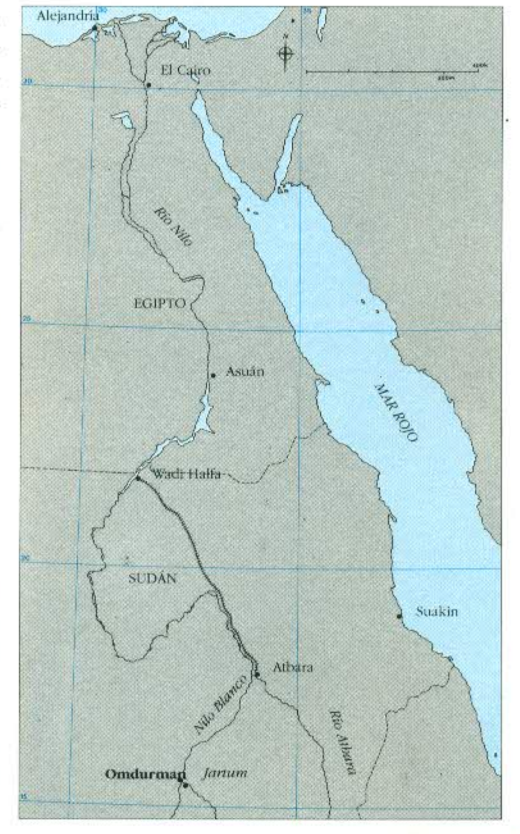
Se podía derrotar al enemigo, desde luego. Pero ¿cómo lograrlo si éste se hallaba en pleno desierto? Era preciso mantener extensas líneas de comunicación, asegurar el avituallamiento y la evacuación de los heridos.

El Nilo proporcionó algunas soluciones. Las tropas y el material se transportarían con facilidad por barco hasta la primera catarata de Quadi Halfa, a 800 km al sur de El Cairo. Pero a partir de allí, el río se dirigía al oeste y de alejaba de la dirección de Jartum.

Kitchener decidió construir una vía férrea. En principio, el proyecto se rechazó por irrealizable, pero no se contaba con la determinación del *sirdar*. La vía férrea, construida por los indígenas bajo la dirección de un especialista, el canadiense francófono Edouard Girouard, avanzó a un asombroso ritmo de 2 km por día. Al terminar el año 1897 la línea llegaba a la confluencia del Nilo y de Atbara, y sólo se requerían seis horas para llevar a Ouadi Halfa hombres, caballos y material.

Mientras el grueso del ejército egipcio y una brigada británica llegaban a Atbara, el califa envió al emir Mahmoud y 16.000 guerreros a hostigar a los invasores. El jefe derviche permanecía con su enorme ejército a 320 km al sur, en la orilla del Nilo opuesta a Jartum.

En Atbara, Mahmoud instaló su campamento a algunos kilómetros de la base angloegipcia. Los dos grupos se observaron y poco tiempo después, el 8 de abril, Kitchener desencadenó un violento bom-

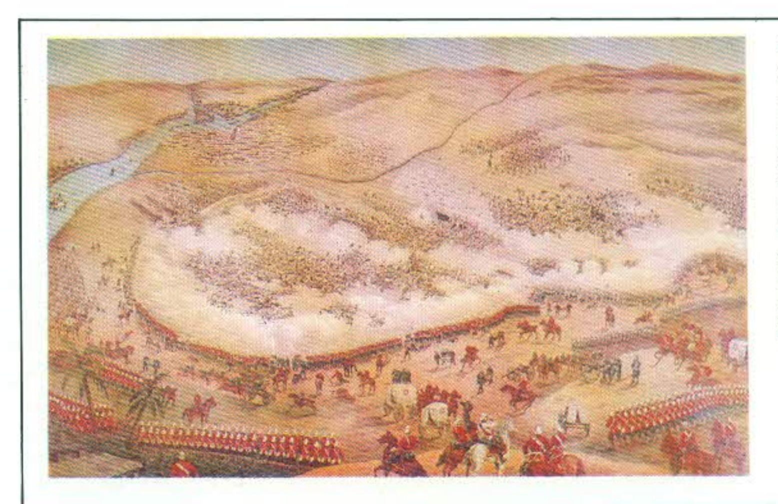


En 1875, Benjamín Disraeli, Primer Ministro conservador, compró para Gran Bretaña las acciones de la Compañía del Canal de Suez que poseía el Jedive de Egipto, declarado en quiebra. Esta brillante operación aseguraba las comunicaciones de Gran Bretaña con su Imperio, pero trajo también consigo problemas en Egipto. En 1881, el coronel Arabi Pachá condujo una revuelta contra la dominación europea; se apoderó de Alejandría y fortificó la ciudad. El liberal William Gladstone, entonces Primer Ministro, envió un ejército para restablecer el orden de Egipto que destruyó el 13 de septiembre de 1882 al ejército de Arabi Pachá en Tel-el-Kebir. Pero surgieron otros problemas. Los derviches de Sudán, conducidos por el *Mahdí*, en musulmán fanático, se sublevaron y ocuparon la mayor parte del país. Los británicos debían reconquistar Sudán o evacuarlo.



Winston Churchill, joven oficial del 4.º de Húsares, fue asignado al 21.º Cuerpo de Lanceros y participó en la famosa carga de Omdurmán. Sus compañeros se burlaban de él porque había sido contratado para enviar artículos al *Morning Post* de Londres.

El 2 de septiembre de 1898, poco antes de las 9 horas, el 21.º Cuerpo de Lanceros inició la carga que debía ser la última realizada por la caballería británica. Los lanceros debían barrer lo que se tomaba, por error, por un millar de derviches en retirada. En realidad, eran 2.700 y se encontraban camuflados en un ***kbor***, lecho seco de río, de alrededor de 400 m de longitud, entre la colina de Surgham y el Nilo.



Este cuadro de la época victoriana representa las diversas acciones de la batalla como si se hubiesen producido simultáneamente. Los soldados llevan sus uniformes rojos de gala, cuando en realidad vestían el uniforme caqui adoptado en 1848 para el ejército de la India.

Los derviches, colocados de doce en fondo **(1)** se levantaron como un solo hombre cuando los lanceros **(2)** no estuvieron más que a una centena de metros.

Los jinetes británicos (2), aunque cogidos por sorpresa, inmediatamente aceleraron la carga: el choque y la confusión fueron terribles. Cada uno miraba por sí mismo, los derviches abrían hombres y caballos con las lanzas o incluso presionaban con el cañón de su fusil contra el cuerpo de un enemigo antes de hacer fuego. Por su parte, los ingleses les acuchillaron sin piedad.

El choque de la carga fue tal que los escuadrones rompieron las filas de los derviches **(3)**. Se rehicieron, muchos jinetes desmontados encontraron su caballo y se cargó de nuevo. Esta vez, los derviches pusieron pies en polvorosa.

2

bardeo seguido de un ataque de la infantería. Los derviches se enfurecieron, pues dejaron sobre el campo millares de muertos, heridos y 400 prisioneros, entre éstos el propio Mahmoud, en manos de los británicos.

Asegurada su cabeza de línea, el *sirdar* se proveyó de reservas para tres meses, e hizo venir refuerzos británicos y cañoneras para dominar el Nilo entre Atbara y Jartum.

Todo se encontraba en perfecto orden cuando decidió marchar a Omdurmán. El 1 de septiembre, a la vista de su objetivo, disponía de cerca de 25.000 hombres, de una batería de ametralladoras Maxim, de 46 piezas artilleras y de diez cañoneras bien equipadas. Al atardecer sus tropas durmieron con las armas, entre el río y una larga hilera de arbustos de espino, la *zereba*, vigilada por patrullas a caballo pues se había detectado la presencia de 50.000 derviches a 8 km de allí, detrás de una colina.

La diana sonó a las 4,30 horas. Aún era de noche. Los primeros en ponerse en movimiento fueron los escuadrones británicos y egipcios encargados de sondear las posiciones enemigas. Una hora más tarde, a la luz incierta del amanecer, todo el ejército se encontraba dispuesto detrás de su barrera de espinos, cara al oeste y delante de la amplia llanura de Kerreri, dispuesto en semicírculo y con sus flancos apoyados en el Nilo y protegidos por las cañoneras.

Veinte minutos más tarde amaneció. La caballería advirtió que los derviches se encontraban en un frente de 8 km.

Desde el mismo momento en que se observó a unos 1.800 m la masa enemiga, la artillería abrió el fuego, después lo hicieron las ametralladoras y por último los fusiles Lee-Metford, que enviaron una lluvia de balas *dumdum*, que explosionaban al hacer impacto, causando terribles heridas internas y que fueron prohibidas en 1901-1902 por la Convención de Ginebra.

A pesar de que los derviches, armados con lanzas y algunos fusiles Remington y Martini-Henry de un solo tiro, poseían un valor fanático, no pudieron resistir el fuego devastador de los británicos. A unos 450 m de la *zereba*, sus muertos y heridos se amontonaban. A las 8,30 horas de la mañana estaban derrotados; o al menos esto fue lo que creyó el *sirdar*. Ansioso por ocupar Omdurmán, lanzó el 21.º Cuerpo de Lanceros sobre la desorganizada ala derecha de los derviches con el fin de interceptar el camino de la ciudad, y después marchó hacia el cuartel general del califa, movimiento que estuvo a dos pasos de transformar la victoria en desastre.

Los lanceros —entre ellos un joven oficial de 23 años llamado Winston Churchill— se dirigieron al trote hacia el sudoeste para interceptar los numerosos grupos de derviches que se replegaban a Omdurmán. Lo que siguió fue descrito por Churchill en un artículo enviado al *Morning Post* de Londres.

«Muy cerca, alrededor de 200 derviches estaban agachados en cuclillas en un *khor*, o barranco. Era evidente que la caballería debía desalojarlos y a continuación proseguir su avance contra los elementos



Oficiales ingleses observan con los prismáticos los movimientos preliminares de los derviches.



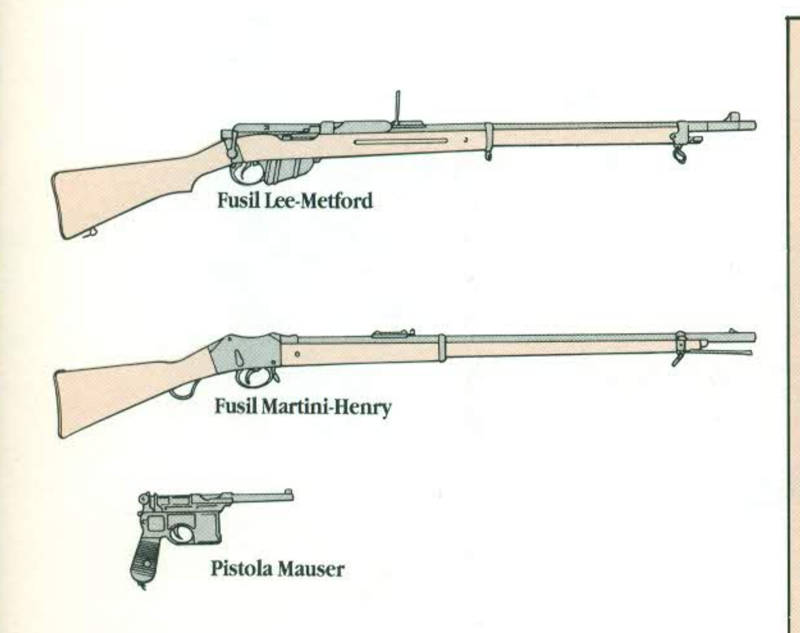
El teniente coronel Hector Macdonald (1853-1903), hijo de labradores, fue un caso excepcional en la Inglaterra victoriana: salido de entre los suboficiales, ascendió por su valor, competencia y tenacidad. Se le promovió a general de división y se le hizo caballero y ayudante de campo de Eduardo VII. Churchill atribuyó gran parte del éxito de Omdurmán «a las destacadas cualidades militares de Macdonald». Esta victoria le valió una gran fama en todo el Imperio.



Sir Herbert Kitchener (1850-1916), era a la sazón el general más joven del ejército británico. Arrogante con sus subordinados y adulador con sus superiores, sin embargo era un hombre seguro y leal, que si se mostraba duro con sus hombres aún lo era más consigo mismo. Aunque no llegó a ser un gran táctico, resultó una elección excelente para dirigir la reconquista de Sudán, pues puede considerársele un oficial de talento, competente y un experto en logística, cualidades que debían revelarse cruciales.



Una batería de ametralladoras Maxim emplazada, antes de la batalla, entre las brigadas británicas y egipcias. Contrariamente a las ametralladoras de manivela de los años 1870, éstas eran totalmente automáticas. Aunque de un valor indomable, los derviches no pudieron hacer nada ante el fuego mortífero de las Maxim.



El Lee-Metford fue el primer fusil de repetición del ejército británico. Introducido en 1888, era el arma más moderna de la época. Este fusil de 7,7 mm de calibre combinaba el sistema de cerrojo y el cargador Lee norteamericano con el estriado del ánima Metford británico.

El Martini-Henry, empleado anteriormente en Sudán, era un arma sólida, de 11,4 mm de calibre de uso corriente en algunas unidades británicas. Pesaba 3,9 kg y se cargaba cartucho a cartucho por la recámara. Los derviches poseían 15.000 fusiles, entre éstos 2.000 Martini-Henry.

La pistola Mauser, cuyo primer modelo apareció en 1896, pronto fue adoptada por varios países de Europa y se modificó y perfeccionó en el transcurso de los dos decenios siguientes. Era un arma de calibre 7,63, que pesaba 1,10 kg y albergaba 10 cartuchos.



El árido terreno de los alrededores de Omdurmán ofrecía pocos recursos naturales aptos para establecer una posición defensiva. Los británicos estaban obligados a proteger sus campos con la ayuda de la *zereba*, espeso seto de matorral de espino. Estos matorrales, abundantes en el desierto, permitían construir una temible barrera que podía ser de gran tamaño. En el interior del perímetro defensivo, vigilado por centinelas, se habían levantado las tiendas y un hospital de sangre.

Omdurmán/3

más importantes que se encontraban detrás. Con el fin de rodearlos, los escuadrones se dirigieron en columna hacia la izquierda y pasaron al trote por delante de su línea. Se les creía armados de lanzas, puesto que se encontraban a 300 m de ellos y no se había oído ni un disparo. Bruscamente, iniciaron un fuerte tiroteo. No quedaba más que hacer una cosa. Tocaron las cornetas y de inmediato el regimiento cargó ordenadamente. La distancia a recorrer no era muy grande, pero no se había cubierto más que la mitad cuando nos pareció que esos tiradores sólo eran un puñado comparados con los que se encontraban detrás: en un profundo repliegue del terreno había una gran multitud de hombres de blanco, casi tan larga como nuestra línea. Parecían tener unas doce filas de profundidad. Para nosotros la sorpresa seguramente había sido completa, pero lo que siguió debió asombrarles a ellos aún más. Esta aparición no hizo más que acelerar el ritmo de la carga, pues cada uno sentía que era preciso el empuje necesario para atravesar tal masa.

»El escuadrón cayó a galope tendido sobre los derviches. Los tiradores, que hicieron fuego valerosamente hasta el fin, se tambalearon en el *khor*. Y en la vorágine los jinetes cayeron literalmente sobre las lanzas de los derviches, cuyas cabezas llegaban apenas a la altura de las rodillas de los caballos.»

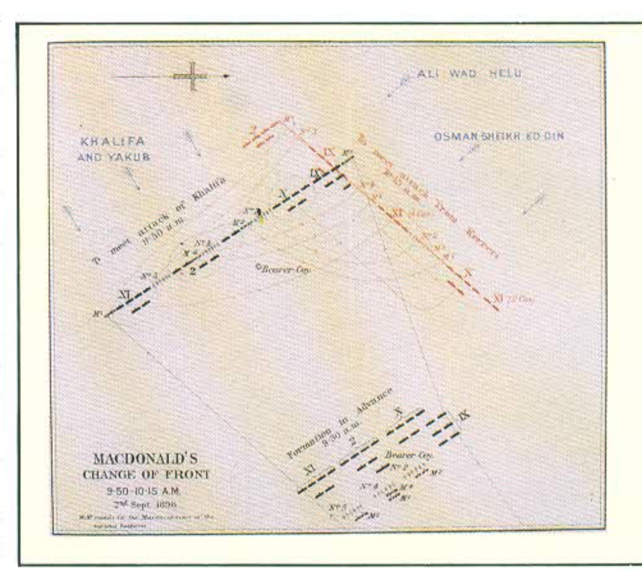
Churchill participó así en la última carga clásica de caballería de la historia. En dos minutos, para conseguir sólo 60 derviches muertos y numerosos heridos, el 21.° Cuerpo de Lanceros perdió 5 oficiales, 66 soldados y 119 caballos.

Durante este tiempo, el *sirdar* había llevado su ejército a Omdurmán sin asegurarse de que efectivamente se derrotaba a los derviches. Pero no era así y ahora éstos amenazaban el ala derecha y toda la retaguardia, también derecha, de los británicos.

Kitchener tuvo suerte: el primer asalto derviche cayó sobre su retaguardia y sobre la 2.ª Brigada sudanesa, que se encontraban claramente en la parte trasera del grueso de las tropas y a las órdenes del teniente coronel Hector Macdonald. Éste, un oficial de baja extracción, algo muy raro en el siglo XIX, gozaba de la reputación de ser sobre el terreno un jefe hábil y decidido. Se dio pronto cuenta del peligro, al que hizo frente con descargas que dirigió personalmente. Los derviches se replegaron en desorden.

El *sirdar* intentaba volver a situar su ejército en formación de combate cuando otra masa de unos 20.000 derviches se abatió sobre los batallones de Macdonald. Éste dirigió tranquilamente la maniobra de sus soldados de infantería indígenas para hacer frente a los ataques que procedían del norte, del oeste y del sur. Cuando los hombres de Macdonald estuvieron protegidos por el regimiento de Lincolnshire, muchos de ellos habían agotado sus municiones y otros sólo contaban con apenas un puñado de balas.

Estaba fuera de duda que la competencia y el valor de Macdonald salvaron al ejército de Kitchener de un terrible combate cuerpo a cuerpo que habría producido grandes pérdidas e, incluso, quizá la derrota.



Cuando la 2.ª Brigada sudanesa hubo rechazado el primer ataque derviche, Macdonald situó sus tropas orientadas hacia las colinas de Kerreri, desde donde amenazaban otros elementos enemigos. Las unidades sudanesas eran tan disciplinadas que ejecutaron esta complicada maniobra con una precisión perfecta, bajo el fuego del enemigo, que consistía en crear una posición en forma de «L» invertida.

A las 10,15 horas la segunda fase de la batalla se desarrollaba en 5 km² de la llanura de Kerreri. Los derviches lanzaron un ataque envolvente sobre la retaguardia angloegipcia. Pero la mala sincronización de sus movimientos hizo que su primer cuerpo fuera derrotado antes del ataque del segundo, que procedía de las colinas de Kerreri.

El primer ataque derviche (1), conducido por el califa, fracasó bajo el fuego de Macdonald **(2)**; 3.450 derviches quedaron en el campo. El choque más violento tuvo lugar alrededor de su estandarte negro **(3)**, que hacían ondear al precio de decenas de vidas humanas.

3

1

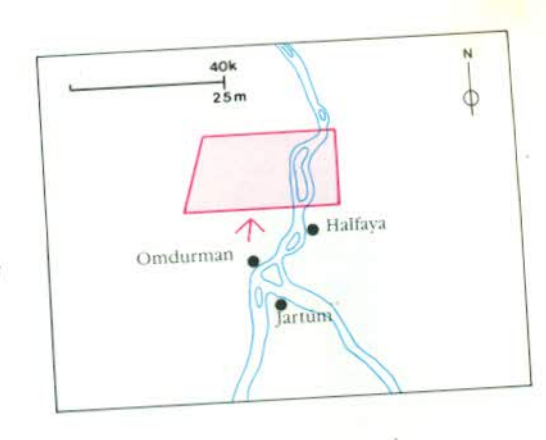
2

Dos generales derviches bajo estandarte verde **(10)** condujeron 20.000 hombres desde la parte posterior de las colinas de Kerreri. Cuando los derviches estuvieron a 450 m de los británicos, su vanguardia estaba a sólo 200 m y carecía de municiones. Muchos de éstos atacaron a los británicos con sables y lanzas.

El campo británico se instaló alrededor de algunas casas de adobe del poblado de El Egeiga. Allí, protegido por una *zereba* **(9)**, se montó un hospital de sangre.

Brigada egipcia
inson **(4)** seguía
del Nilo cuando
viches atacaron la
ardia de
nald. En seguida
son se colocó en
ardia para cubrir
co derecho de
nald.

La caballería de Broadwood (5) había ya alejado una parte de los derviches al deshacer sus filas, reducir sus aprovisionamientos de municiones y retardar su segundo ataque. Después, volvió a tomar posiciones entre Collinson **(4)** y las colinas de Kerreri. Macdonald **(2)** hizo fracasar los ataques derviches al modificar la formación de su 2.ª Brigada sudanesa, sostenida por el Cuerpo de Camelleros **(6)** en el extremo del largo lado de la «L» que señalaba la nueva disposición. Ahora frente a las colinas de Kerreri, los sudaneses dispararon con furia sobre los derviches, a menudo incluso sin apuntar. No les quedaba casi munición cuando el regimiento de Lincolnshire los relevó.



Las cañoneras se encontraban atracadas en el Nilo, entre el campo británico y las colinas de Kerreri, demasiado lejos para jugar un papel decisivo. Las gabarras de munición, cerca del hospital, estaban sobrecargadas de heridos de los primeros combates.

El regimiento de Lincolnshire (7), famoso por sus tiradores, los más hábiles y rápidos del ejército, completaba la formación de Macdonald. Los *Lincolns* se colocaron en posición en la retaguardia del 10.º Batallón sudanés **(2)** con el que habían hecho la campaña codo a codo.

El general de brigada Wauchope (8) envió a Macdonald municiones y un refuerzo de tres batallones.

Omdurmán/4

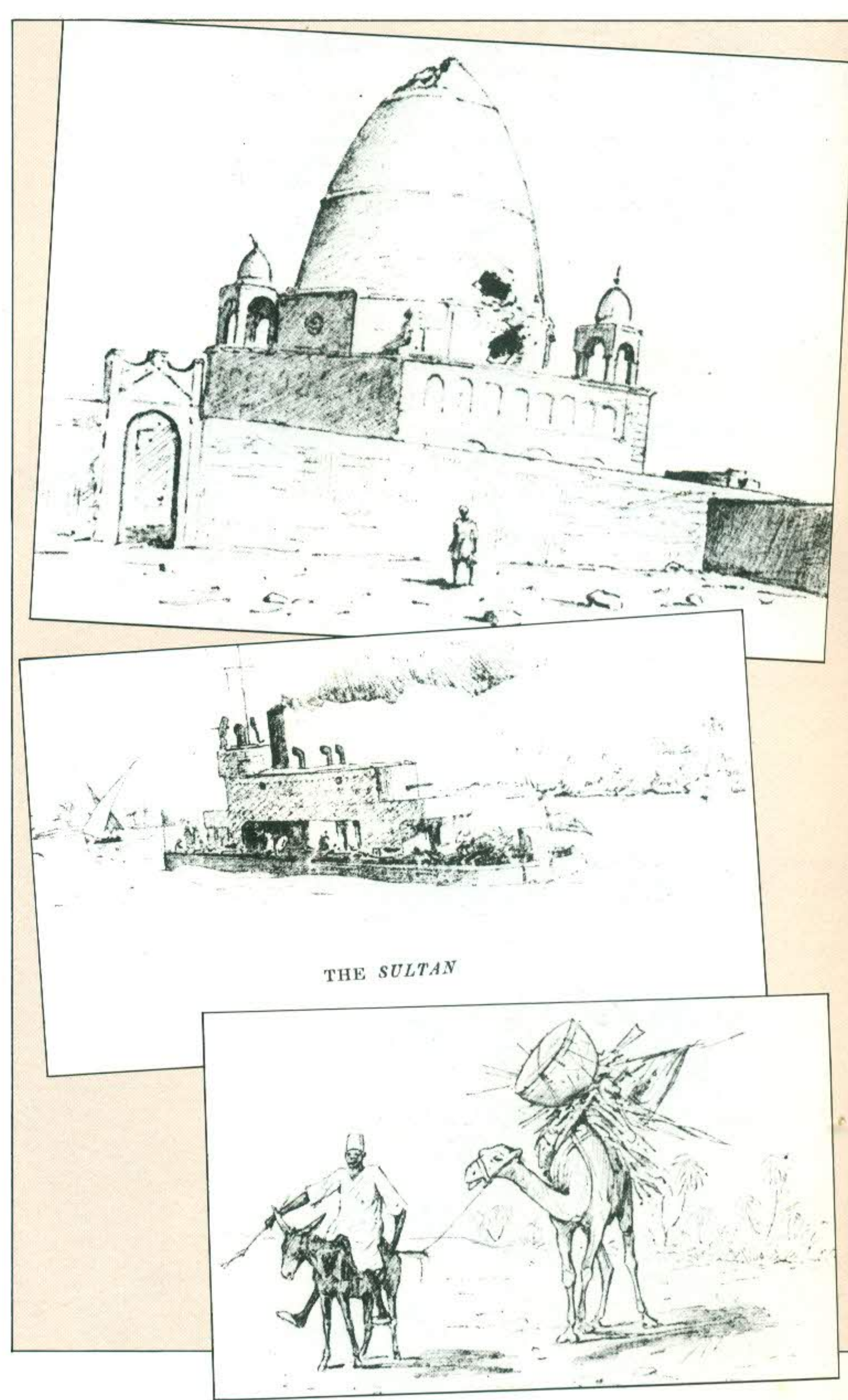
Los derviches habían sido derrotados. Al escapar por poco del desastre, Kitchener volvió a iniciar su marcha hacia Macdonald después de haber dicho a su estado mayor: «Señores, creo que les hemos dado una buena paliza.»

Era verdad. El *Daily Mail* dijo que había sido «más una ejecución que una batalla». El ejército angloegipcio había perdido 500 hombres por 11.000 muertos e innumerables heridos derviches.

La batalla de Omdurmán vino a ser un anuncio más de cuanto iba a suceder en la Primera Guerra Mundial, para cuyo comienzo sólo faltaban 16 años. Se demostró de nuevo que las cargas frontales de personal al descubierto (ni aún con armas de apoyo, como la historia se encargaría de demostrar) nada pueden contra fuerzas preparadas y dotadas de artillería y armas de tiro rápido, como fueron en este caso las ametralladoras británicas. Esto, que puede parecer una perogrullada, no había sido comprendido por los círculos militares oficiales y de hecho, los ejércitos seguían batiéndose en campo abierto, prácticamente a horas acordadas, y con las tropas avanzando en orden cerrado o casi; es decir, que en este sentido poco se había progresado desde la antigüedad.

Abundando más en este tema, la caballería británica se lanzó de nuevo a una carga parecida a la infausta de Balaklava, que no terminó en desastre para los jinetes gracias a que las fuerzas que tenían enfrente carecían de ametralladoras y de fusiles de tiro rápido, y también porque los tiradores no actuaron siguiendo una disciplina de fuego estricta. De lo contrario, el resultado podría haber sido muy diferente y quizá en ese incidente hubiese concluido la carrera de Winston Churchill. Asimismo, las fuerzas derviches carecían de un jefe tan clarividente como en su momento tuvieron los zulúes, quienes sí supieron sacar partido de su superioridad numérica frente a un enemigo teóricamente más disciplinado y efectivamente mejor armado.

En enero de 1899 el cónsul general británico y el primer mandatario egipcio firmaron un acuerdo en virtud del cual Sudán se convertía en un dominio conjunto de británicos y egipcios, cuyo gobernador sería nombrado por el Jedive a instancias del gobierno de Su Majestad. Pero Egipto se encontraba bajo tutela británica, de manera que a partir de entonces Sudán se convirtió en la práctica en una colonia británica más cuyos gobernadores y altos dignatarios oficiales fueron británicos.



El *Mahdí*, muerto en circunstancias misteriosas después del asesinato del general Gordon, fue inhumado en Omdurmán en un gran mausoleo que dañó la artillería británica.

La flotilla de Kitchener (centro), comprendía diez vapores de construcción reciente aparejados con cañones y ametralladoras, y cinco vapores ligeros de transporte. Cada uno estaba mandado por un oficial de la armada y disponía a bordo de una sección de infantes.

Después de la ocupación de Omdurmán los civiles sudaneses saquearon todos los edificios extramuros y cargaron su botín a la espalda, en carros o a lomos de camellos, como se observa (abajo).

«Lo limpiaron totalmente —escribió Churchill—, nada escapó al vigilante ojo de los saqueadores sudaneses.»



Cuatro Cruces Victoria se otorgaron a raíz de la batalla. El capitán P. A. Kenna, del 21.° Cuerpo de Lanceros, puso al resguardo, bajo un fuego intenso, a su compañero el teniente Grenfell, que había sido desmontado y asaltado por los derviches. Cuando Kenna llegó cerca de él, Grenfell estaba muerto, pero el capitán trajo consigo su cuerpo.



Después de la batalla, los sudaneses se apresuraron a despojar a los cadáveres, hasta el punto de rematar heridos para mayor comodidad. Incluso algunos soldados británicos participaron en este pillaje bochornoso. Los cuerpos de 11.000 derviches cubrían el campo de batalla; el número de los heridos estaba entre 10.000 y 16.000.



...ncero Byrne vio a un ...l herido rodeado de ...nigos y que gritaba ...ndo ayuda. Pese a ...l mismo había sido ...o de bala en el brazo derecho, galopó en auxilio del oficial y, pese a recibir una herida de lanza en un muslo consiguió rescatarle. Con la misión cumplida, Byrne volvió a su puesto, donde, debilitado por la pérdida de sangre, perdió el conocimiento.

La victoria de Omdurmán restableció el prestigio británico en Sudán, amansó a los sanguinarios derviches y permitió la rápida vuelta a una administración regular. Sin embargo, menos de una semana después de la batalla, llegaba a Jartum la noticia de que una pequeña expedición compuesta de soldados franceses y africanos, la misión del comandante Marchand, se encontraba en Fachoda, un fuerte situado sobre el alto Nilo. El objetivo de la misión consistía en dotar a Francia de un punto de apoyo estratégico en el Nilo, entre Congod y Abisinia. Pero este proyecto no tuvo éxito porque Kitchener, que marchó sobre Fachoda, disponía de fuerzas bastante considerables. Los franceses se retiraron el 11 de diciembre de 1898, pero durante algunas semanas esta crisis hizo nacer en Londres y París el temor de ver surgir un enfrentamiento armado.

Este incidente entre los dos países fue el último de una larga serie de conflictos de intereses en África. Luego, bajo el efecto de la amenaza que entrañaba el desarrollo del poderío industrial y militar alemán, las diferencias se resolvieron amigablemente y se llegó en 1904 a la creación de la Entente Cordial, en la que Francia reconocía los intereses británicos en Egipto a cambio del reconocimiento por parte del Reino Unido de la hegemonía francesa en Marruecos.

Colenso/*15 de diciembre de 1899*

En diciembre de 1899 la opinión pública británica estaba consternada por las noticias que llegaban de Sudáfrica donde en octubre había estallado la guerra de los *boer*. ¿Era posible que civiles mal armados hubieran derrotado a un ejército regular británico, no una vez sino tres, en el espacio de seis días?

A este período de triple desastre que se había abatido sobre las columnas enviadas en auxilio de las guarniciones asediadas de Kimberley, Mafeking y Ladysmith lo llamó la prensa británica la «Semana Negra». Si las columnas de socorro tenían éxito, la soberanía feudal de la reina Victoria se impondría a los *boer* del Transvaal y del Estado Libre de Orange, y probablemente quedaría restablecida la paz. Pero en el punto en el que se encontraban las cosas, había llegado a ser inevitable un largo conflicto.

El cuerpo expedicionario británico se confió al general sir Redvers Buller, héroe de la guerra contra los zulúes, que había llegado a El Cabo el 31 de octubre. Inició una desastrosa campaña al dividir sus fuerzas en tres columnas de importancia desigual y que envió en tres direcciones en la inmensidad desértica de la meseta esteparia del África meridional. Los *boer*—austeros lectores de la Biblia y descendientes de colonos holandeses— cuyo armamento común se limitaba al fusil Mauser, habían humillado a los batallones regulares.

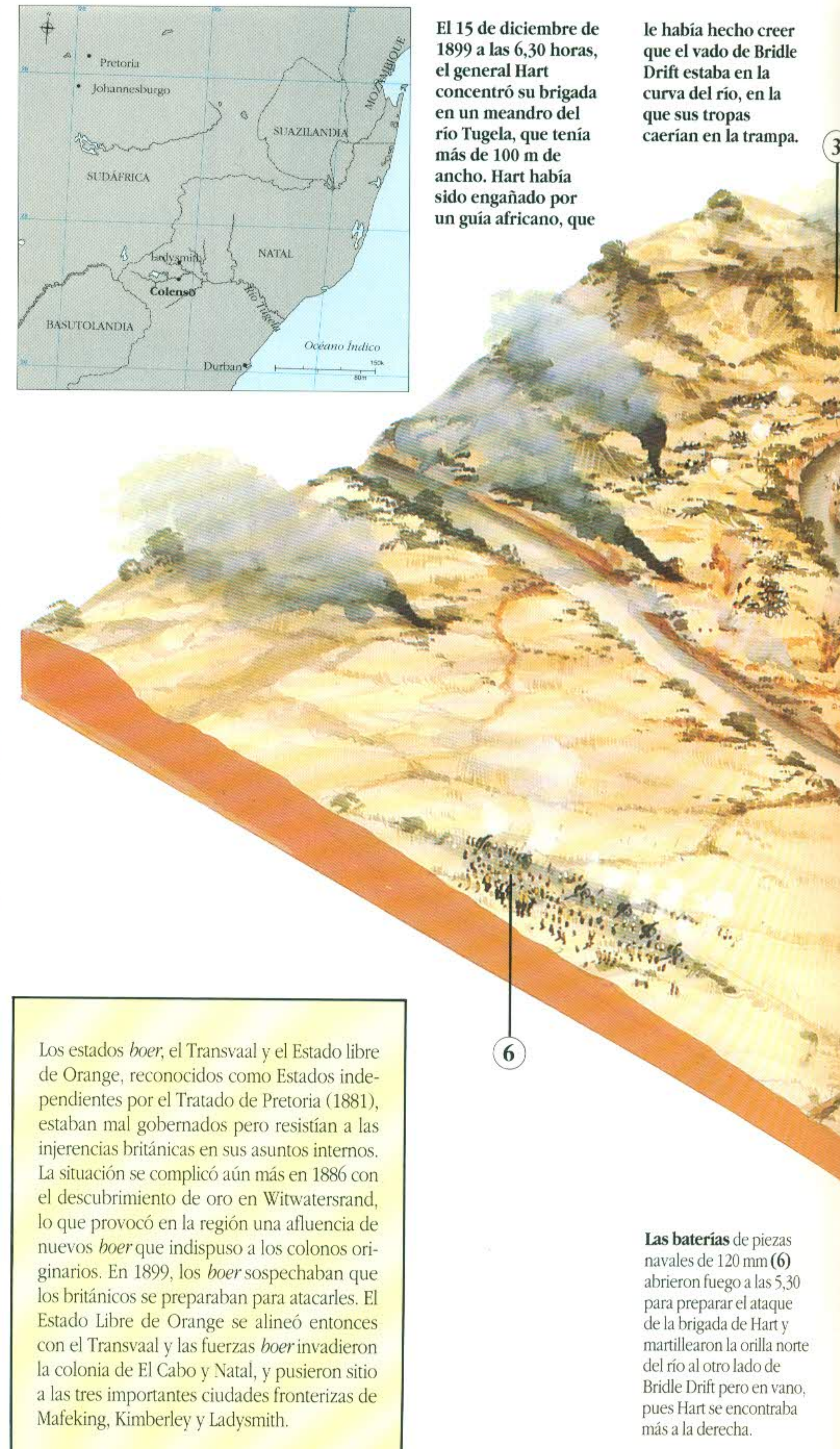
El general sir William Gatacre que con 3.000 hombres contaba con rechazar las incursiones enemigas en la colonia de El Cabo, fue el primero en conocer la derrota. El 10 de diciembre, en Stormberg, perdió 600 hombres y dos cañones; 15.000 hombres encargados de despejar los lugares sitiados de Kimberley y Mafeking, sufrieron también una derrota en Magersfontein, donde 948 quedaron sobre el campo.

Pero el punto culminante de la «Semana Negra» lo alcanzó el mismo Buller, que conducía cinco brigadas y 44 cañones en socorro de Ladysmith. Lo que iba a suceder ante la aldea de Colenso, en Natal, fue resultado de la indecisión y la ineptitud, que el valor de las tropas no pudo sino limitar.

La inconsistente actitud de Buller se manifestó al 8 de diciembre, cuando demostró que no tenía intención de forzar el vadeo del Tugela, un río de aguas rápidas y profundas, por Colenso, a 25 km al sur de Ladysmith. Convencido de que las alturas que bordean el río estaban fuertemente defendidas, informó a Londres: «Considero que, como no puedo forzar las defensas *boer* entre aquí y Ladysmith, debo regresar, y para hacer esto, marchar 50 millas.»

El 12 de diciembre, este movimiento de flanqueo se encontraba en plena ejecución cuando, por una razón desconocida, el comandante en jefe cambió de parecer y decidió cruzar el Tugela por Colenso.

Buller hizo llegar al general sir George White, comandante de la guarnición sitiada de Ladysmith, un mensaje anunciándole que marchaba sobre Colenso y que el 17 de diciembre atacaría. Por su parte, White debía atacar a su vez a los sitiadores. Sin embargo, el día 14 el inconstante Buller dio orden de atacar Colenso el día siguiente sin tan siquiera advertir a White que adelantaba la operación 48 horas.



El 15 de diciembre de 1899 a las 6,30 horas, el general Hart concentró su brigada en un meandro del río Tugela, que tenía más de 100 m de ancho. Hart había sido engañado por un guía africano, que le había hecho creer que el vado de Bridle Drift estaba en la curva del río, en la que sus tropas caerían en la trampa.

Las baterías de piezas navales de 120 mm **(6)** abrieron fuego a las 5,30 para preparar el ataque de la brigada de Hart y martillearon la orilla norte del río al otro lado de Bridle Drift pero en vano, pues Hart se encontraba más a la derecha.

Los estados *boer*, el Transvaal y el Estado libre de Orange, reconocidos como Estados independientes por el Tratado de Pretoria (1881), estaban mal gobernados pero resistían a las injerencias británicas en sus asuntos internos. La situación se complicó aún más en 1886 con el descubrimiento de oro en Witwatersrand, lo que provocó en la región una afluencia de nuevos *boer* que indispuso a los colonos originarios. En 1899, los *boer* sospechaban que los británicos se preparaban para atacarles. El Estado Libre de Orange se alineó entonces con el Transvaal y las fuerzas *boer* invadieron la colonia de El Cabo y Natal, y pusieron sitio a las tres importantes ciudades fronterizas de Mafeking, Kimberley y Ladysmith.



Los *boer*, escondidos en los tres lados del meandro **(1)**, abren fuego graneado sobre la infantería de Hart. Eran excelentes tiradores y también hábiles en explorar el terreno en el que se camuflaban. Incluso a descubierto, sus uniformes les hacían difícilmente localizables.

Unos oficiales ingleses observan la batalla desde la posición de un cañón naval.

Cuando los británicos intentaron atravesar el Tugela **(2)** fueron detenidos por una alambrada instalada en el lecho del río, donde fueron presa fácil para los tiradores *boer*.

Los *boer* disponían de artillería en las colinas que dominan el meandro (3), que se utilizaron eficazmente contra la brigada de Hart, que entraba en el meandro y ofrecía al enemigo un blanco magnífico. Fue necesario un fuego homicida para que autorizase a sus hombres a abrir las filas **(4)** y buscar cierto abrigo.

Al ver que Hart estaba en dificultades, Buller envió la brigada de Lyttleton en su auxilio. Tras avanzar prudentemente en orden abierto **(5)**, Lyttleton llegó a tiempo para cubrir la retirada de Hart.

Colenso/2

Buller preveía que la 2.ª Brigada (general Hildyard) pasaría el río por el puente ferroviario que se encontraba al norte de Colenso; el general Hart y su 5.ª Brigada vadearían Bridle Drift, a cuatro kilómetros al oeste de la aldea; en cuanto a la brigada de caballería del coronel Dundonald, debía hacer una demostración de fuerza en dirección a la colina de Hlangwane, sobre el flanco derecho, única posición ocupada por el enemigo al sur del río, lo que debía haber indicado a Buller la importancia que Botha, el general *boer*, daba a tal lugar. La 4.ª Brigada (general Lyttleton) quedaba de reserva, entre la 2.ª y 5.ª Brigadas, lo mismo que la 6.ª (general Barton) quedaría situada detrás de la 2.ª Brigada y de la caballería.

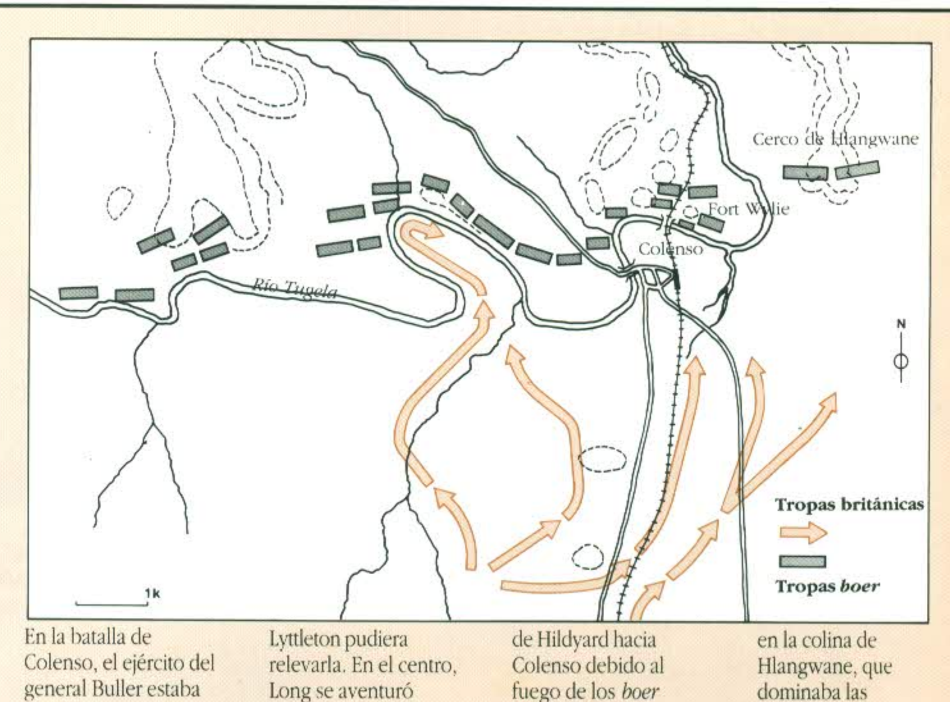
Las baterías británicas, formadas por piezas navales pesadas, comenzaron a bombardear la orilla derecha del río. Hart hizo avanzar a su brigada, compuesta casi exclusivamente de regimientos irlandeses. Aunque su mapa le indicaba el mejor vado (Bridle Drift), el general se puso en manos de un guía africano que le indicó el fondo de un estrecho meandro del Tugela, orientado hacia el norte. Despreció el informe de un reconocimiento de caballería que señalaba que los *boer* se encontraban allí a la espera y desplegó sus batallones en formación cerrada, la menos indicada en esta circunstancia. Hacia las 6,30 horas, cuando una compacta multitud de hombres vestidos de caqui se encontró en el saliente formado por el río, el guía desapareció y los *boer* abrieron fuego desde tres frentes con 2.000 fusiles Mauser, una Maxim y varios cañones.

A pesar del mortífero fuego enemigo se llevaron a cabo cinco tentativas de pasar a la otra orilla; cinco veces los irlandeses avanzaron hasta las alambradas fijadas en el lecho del río, donde se dejaron masacrar por los *boer*.

Buller, que había asistido al desastre de su ala izquierda sin ocuparse del resto, dijo a Lyttleton: «Hart está en un aprieto. Haga lo que pueda para sacarlo de allí.» Pero cuando la 4.ª Brigada avanzó hasta el alcance de los *boer*, se encontró con que los batallones se retiraban de la trampa en la que habían caído y en la que dejaron 553 de sus hombres.

Durante este tiempo y sin que el comandante en jefe estuviera al corriente, otra catástrofe tuvo lugar a la derecha del centro. El ataque de Hildyard sobre el puente del ferrocarril tenía que estar apoyado por la artillería del coronel Long. Aunque no pensaba acercarse a menos de 2.300 metros de las línea *boer*, con la protección de una escolta de infantería de la brigada de reserva de Barton, condujo dos baterías de campaña a trote largo hacia el enemigo. Desoyó los reiterados ruegos de Barton, que le pedía detenerse, y continuó alejándose de su protección de infantería y de una batería de piezas navales, tirada lentamente por bueyes.

Todo permanecía tranquilo cuando, un poco antes de las 6,30 horas, Long mandó emplazar sus cañones, a 500 metros del Tugela. No habían tenido tiempo de entrar en batería cuando un *boer* disparó. En seguida toda la izquierda y el centro de Botha abrieron fuego. Después Long diría que había calculado



En la batalla de Colenso, el ejército del general Buller estaba dividido en tres agrupaciones. A la izquierda, la Brigada Irlandesa de Hart se encontraba muy avanzada para que Lyttleton pudiera relevarla. En el centro, Long se aventuró mucho más de lo previsto, lo que costó numerosos hombres y diez cañones, error que no pudo ser reparado por el avance de Hildyard hacia Colenso debido al fuego de los *boer* situados sobre posiciones dominantes en la otra orilla. Los británicos hubieran podido retomar la iniciativa de ampararse en la colina de Hlangwane, que dominaba las trincheras *boer*, pero se perdió la ocasión y Barton no pudo acudir en auxilio de la caballería.

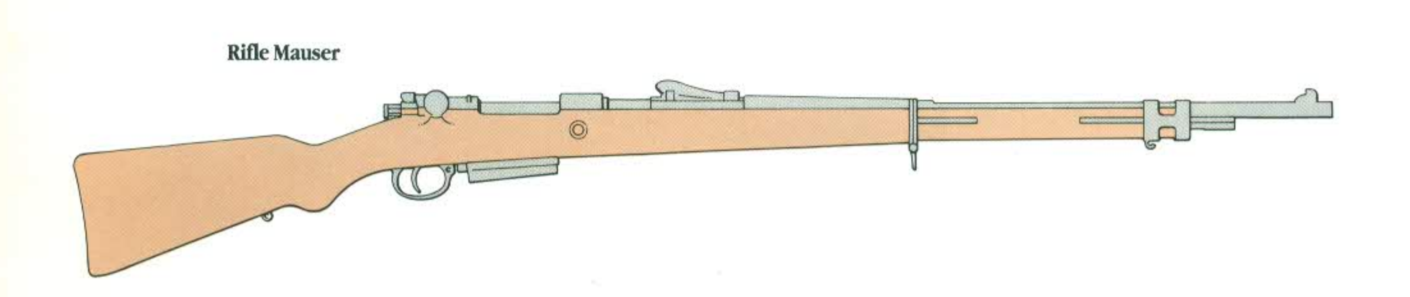


El general sir Redvers Buller (1839-1908) mandaba las fuerzas británicas en Sudáfrica al estallar la guerra de los *boer*. Tenía 60 años y una larga experiencia sobre el terreno, pero no era un táctico. Había servido en Canadá, en Egipto y en Sudán. Muy popular entre sus hombres, se ocupó del bienestar de sus soldados. Durante la guerra de los *boer* creó cantinas para burlar los rigores y monotonía de la campaña.



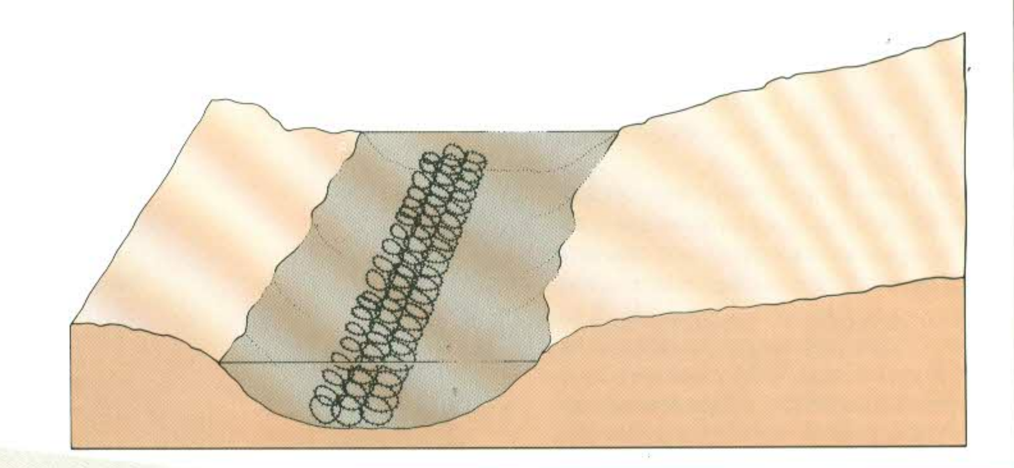
El general Louis Botha (1862-1919) mandaba a los *boer* que cerraron el paso a Buller delante de Colenso. Tenía 37 años y era la primera vez que mandaba en una batalla. Era un granjero próspero, un jefe por naturaleza, pero de carácter susceptible. Fue un buen soldado aunque reticente a comprometerse en la lucha y, en su calidad de miembro del Parlamento *boer*, se abstuvo en la votación que decidió la guerra contra los británicos.

Rifle Mauser



Los *boer* disponían de una artillería adecuada, pero su arma esencial era el Mauser, en particular el *Gewehr* 1898. Este fusil de cerrojo de 7,29 mm se alimentaba mediante un cargador de cinco cartuchos y era más preciso que los Lee-Metford y Lee-Enfield británicos. El hecho de emplear un peine de alimentación constituía su mejor ventaja, pues ello daba lugar a una cadencia de tiro bastante notable.

El alambre de espino de uso generalizado en guerras posteriores, fue empleado hábilmente por los *boer* para impedir el paso de los ríos, que bloqueaban a base de fijar alambradas en el lecho de los mismos.



La aldea de Colenso y la meseta por la que avanzó la brigada de Hildyard en la mañana del 15 de diciembre de 1899.



Un Creusot del 75 colocado por los *boer* en posición en las colinas que dominan Colenso y el río Tugela. A la derecha, se observa el meandro en el que los *boer* cogieron a la Brigada Irlandesa en una trampa.

mal la distancia y que se creía mucho más lejos del enemigo.

Y en esta vulnerable posición, 1.500 m por delante de sus propias líneas, los artilleros sirvieron sus piezas bajo una lluvia de balas y metralla. Cayeron hombres y caballos, pero el fuego continuó hasta las 7 horas, momento en que las municiones empezaron a escasear. Se transportó a los heridos —incluido el propio Long— a cubierto, a una *donga* (lecho seco de un río), aproximadamente a unos 350 m detrás de las baterías. Se pusieron a resguardo también los supervivientes en espera de refuerzos. Desgraciadamente, el tren de municiones se encontraba en la meseta, a cinco kilómetros de allí, y se desplazaba con mucha lentitud. Y allí quedaron intactos 12 cañones mudos y rodeados de cadáveres. Al proponer un oficial herido abandonarlos y retirarse para ponerse a resguardo, Long se indignó, furioso: «¡Ni hablar! ¡Las piezas no se abandonan nunca!»

Buller, por otra parte, tuvo la misma reacción cuando un capitán llegó al galope para anunciarle el desastre. Y en un arrebato impropio de un comandante en jefe, en medio del fuego enemigo, se lanzó con su estado mayor a la *donga* para dirigir desde allí las operaciones. Pidió voluntarios para ir a recuperar los cañones: en seguida, tres oficiales y siete soldados se lanzaron bajo la lluvia de balas. Milagrosamente, aunque no sin bajas, pudieron rescatar dos piezas. Otra tentativa fracasó. En total, este hecho de armas fue recompensado con cuatro Cruces Victoria y dieciocho Medallas de Conducta Distinguida.

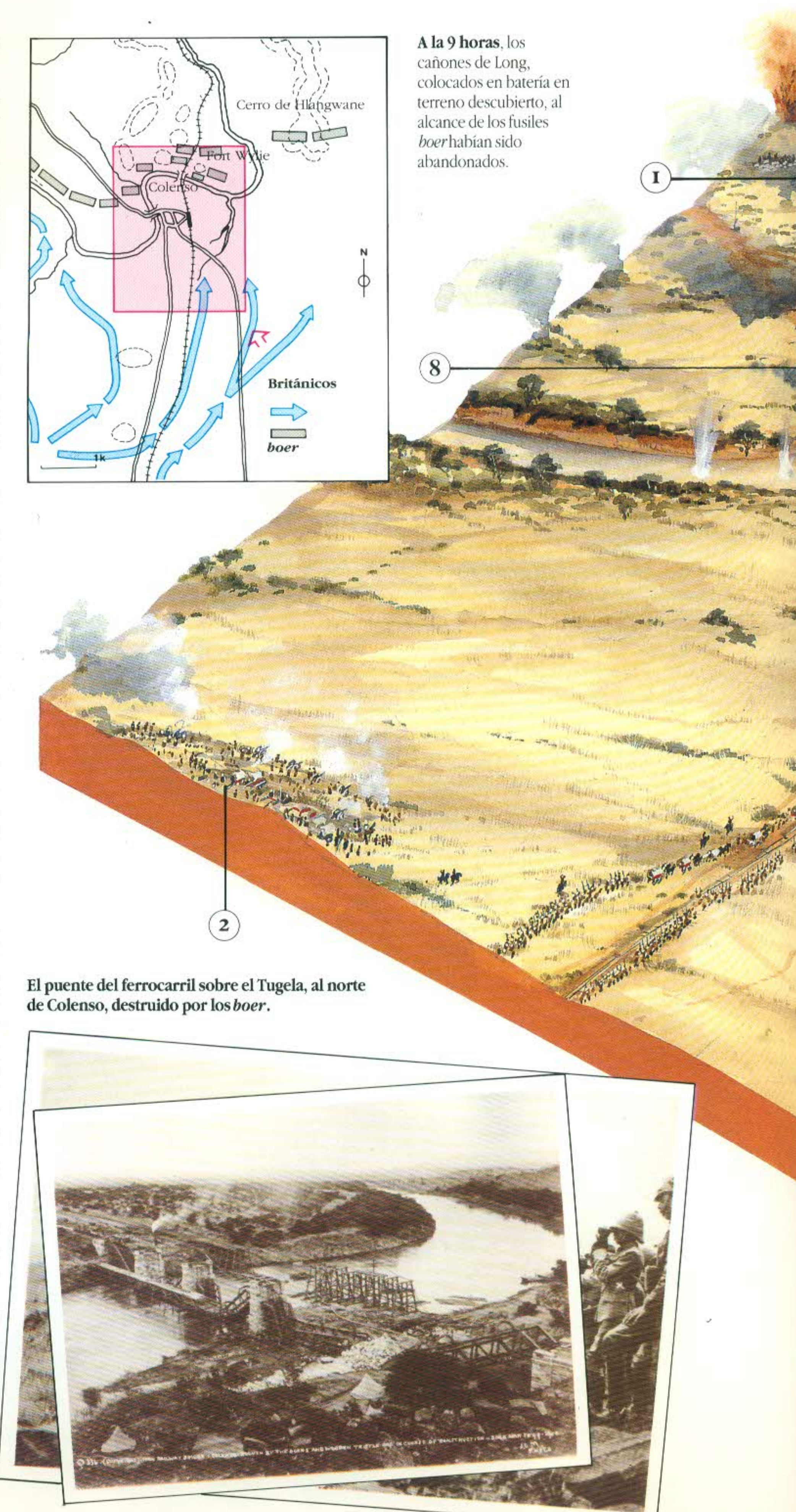
Buller, herido levemente por un fragmento de metralla, parecía desmoralizado por este episodio, que venía a añadirse al desastre sufrido por Hart. A media mañana cambió de opinión y decidió abandonar los cañones y romper el contacto, en un momento en que la mitad de sus efectivos no habían disparado aún un tiro.

Barton, siempre en reserva, se vio privado de dirigirse en socorro de lord Dundonald en la colina de Hlangwane que, de haber sido tomada, hubiera permitido dominar las trincheras *boer* de la orilla norte del Tugela. Incluso la brigada de Hildyard, que había puesto pie en Colenso, recibió la orden de replegarse.

De los 20.000 hombres de su columna, Buller tenía ahora 1.127 menos, de éstos 143 muertos y 240 desaparecidos, presumiblemente prisioneros; el resto se encontraban heridos. Igualmente había perdido 10 cañones de los 44 iniciales. El general Botha declaró unas bajas de 40 muertos o heridos entre sus 8.000 hombres y haber conseguido «una brillante victoria».

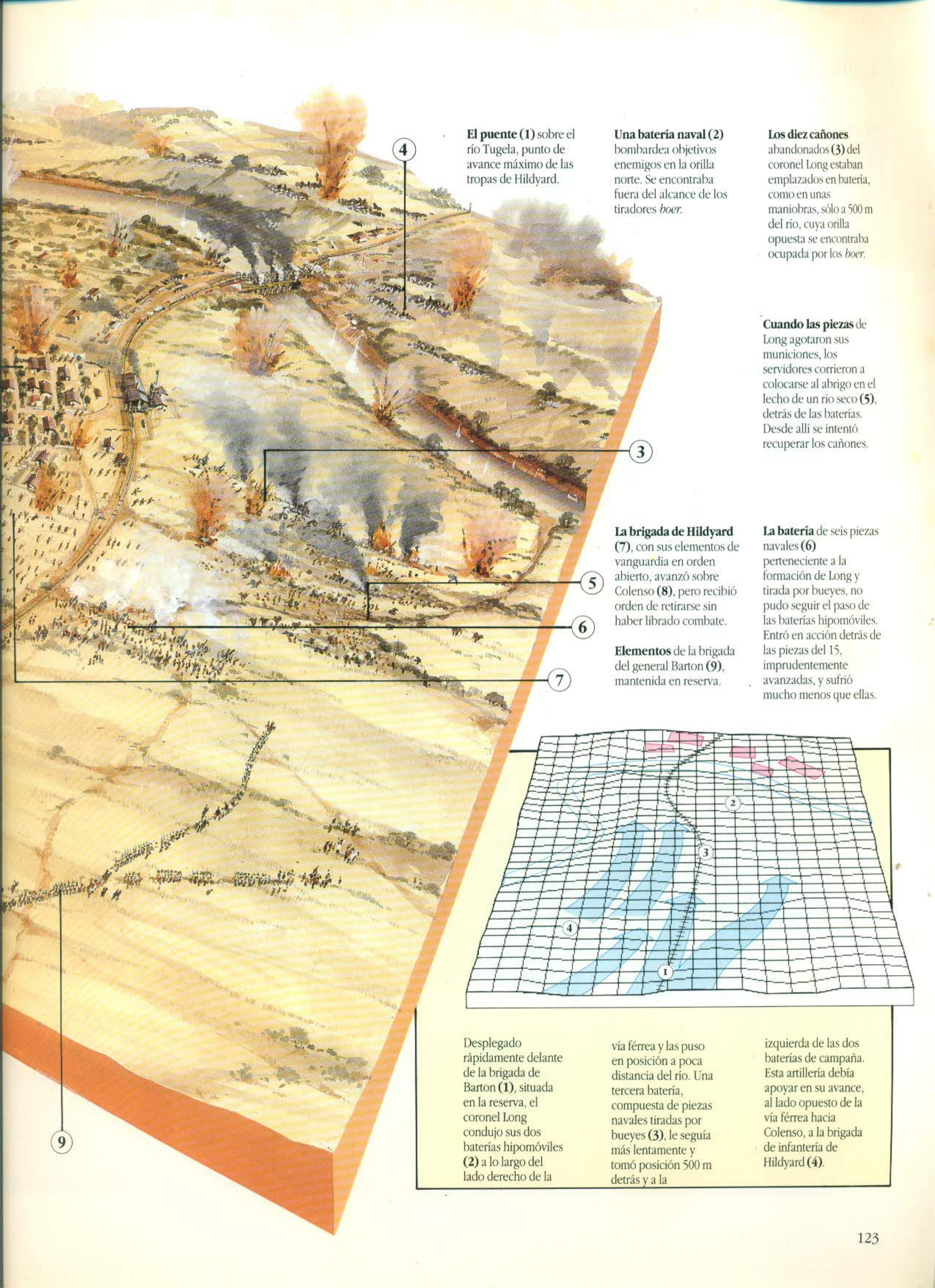
Como colofón a su serie de errores, Buller envió a sir George White, en Ladysmith, un mensaje en el que le comunicaba la derrota y le sugería agotar las municiones y después negociar la rendición.

El derrotado ejército de Buller se retiró a Frere, a 11 km de allí y el sitio más indicado para encontrar agua. Curiosamente, los *boer* no hicieron nada para perseguirlo. En Frere, la vida militar volvió a su curso normal, con ejercicios, desfiles, criquet para los soldados y concursos ecuestres para los oficiales. Incluso Buller recuperó la moral y se puso a preparar



A la 9 horas, los cañones de Long, colocados en batería en terreno descubierto, al alcance de los fusiles *boer* habían sido abandonados.

El puente del ferrocarril sobre el Tugela, al norte de Colenso, destruido por los *boer*.



El puente (1) sobre el río Tugela, punto de avance máximo de las tropas de Hildyard.

Una batería naval (2) bombardea objetivos enemigos en la orilla norte. Se encontraba fuera del alcance de los tiradores *boer*.

Los diez cañones abandonados **(3)** del coronel Long estaban emplazados en batería, como en unas maniobras, sólo a 500 m del río, cuya orilla opuesta se encontraba ocupada por los *boer*.

Cuando las piezas de Long agotaron sus municiones, los servidores corrieron a colocarse al abrigo en el lecho de un río seco **(5)**, detrás de las baterías. Desde allí se intentó recuperar los cañones.

La brigada de Hildyard (7), con sus elementos de vanguardia en orden abierto, avanzó sobre Colenso **(8)**, pero recibió orden de retirarse sin haber librado combate.

Elementos de la brigada del general Barton **(9)**, mantenida en reserva.

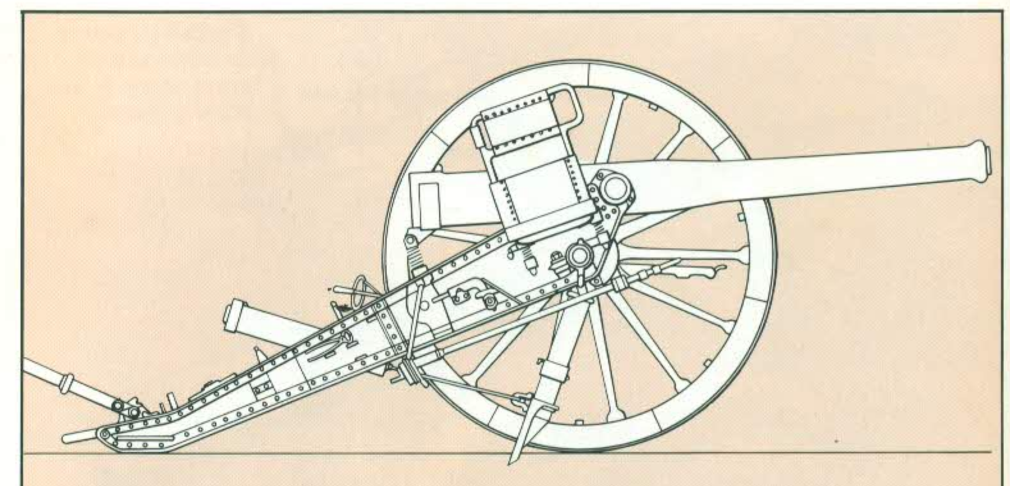
La batería de seis piezas navales **(6)** perteneciente a la formación de Long y tirada por bueyes, no pudo seguir el paso de las baterías hipomóviles. Entró en acción detrás de las piezas del 15, imprudentemente avanzadas, y sufrió mucho menos que ellas.

Desplegado rápidamente delante de la brigada de Barton **(1)**, situada en la reserva, el coronel Long condujo sus dos baterías hipomóviles **(2)** a lo largo del lado derecho de la vía férrea y las puso en posición a poca distancia del río. Una tercera batería, compuesta de piezas navales tiradas por bueyes **(3)**, le seguía más lentamente y tomó posición 500 m detrás y a la izquierda de las dos baterías de campaña. Esta artillería debía apoyar en su avance, al lado opuesto de la vía férrea hacia Colenso, a la brigada de infantería de Hildyard **(4)**.

un ataque por el flanco para liberar Ladysmith, pero la batalla de Colenso, que siguió de cerca a las derrotas de Stormberg y Magersfontein, dejó estupefacta a Londres y a la opinión británica. Sir Redvers Buller, llamado por los periódicos «Sir Reverse», era no sólo estimado sino también querido por sus hombres. Esto no impidió, sin embargo, que perdiera su puesto y se le sustituyó por lord Roberts, cuyo hijo había muerto en el intento de salvar los cañones de Long.

Si los británicos cometieron un error grave en Colenso fue el de ir al combate en un terreno que les era desfavorable, o por lo menos sin antes haberse asegurado de sus características. Ello se debió en parte al desprecio que los militares británicos sentían por los *boer* como combatientes. Se ha dicho ya que los *boer* eran unas fuerzas irregulares que combatían como tales y cuyo armamento no era, pese a la cantidad de fusiles Mauser que poseían, demasiado homogéneo. Está claro que Buller y sus oficiales estaban dispuestos a dar un escarmiento a esos «desarrapados» que poco antes habían humillado a los ejércitos de Su Majestad. Los militares británicos no perdonaban a los *boer* que éstos empleasen contra ellos tácticas más propias de la guerrilla y consideraban imperdonable que no presentasen batalla en campo abierto, en batallones de filas cerradas, y que tendiesen emboscadas y se diesen a la fuga cuando las tropas británicas aparecían en masa (los *boer* no podían combatir de otra forma a menos que las circunstancias les fuesen muy favorables). Seguramente fue este estado de ánimo el que empujó a Buller a actuar con tanta prepotencia contra unas fuerzas de las que desconocía su número y dispositivo.

Las cosas hubiesen podido tomar otro derrotero si los británicos hubiesen tenido la precaución (nada deshonrosa, por otra parte) de haber ordenado un reconocimiento en profundidad por delante de su cuerpo principal para cerciorarse del orden de batalla enemigo, en vez de fiarse de un natural del lugar que a la postre les condujo a la trampa. Una vez en ella, los oficiales inferiores se dejaron llevar también por el menosprecio del enemigo antes citado y cometieron fallos, en un intento quizá de demostrar cómo combatían los caballeros, como el de exponer demasiado el grueso de la artillería que, además, estaba formado por las mejores piezas de que disponían los británicos. La derrota de Buller no acabó con la total aniquilación de sus fuerzas gracias a que los *boer* no disponían de los elementos necesarios para consumar su victoria táctica.



Durante la guerra de los *boer*, la artillería británica estaba equipada con piezas de retrocarga de 15 libras, que disparaban proyectiles de 6 kg a una distancia máxima de 5.600 m. Diseñada y construida en Alemania, esta arma de tiro rápido fue el primer cañón con elementos elásticos de retroceso empleado por los británicos: los servidores no tenían que volverlo a colocar en batería después de cada disparo. Diez de estas piezas se perdieron cuando las baterías del coronel Long se adelantaron demasiado en Colenso.



En cada pieza de una batería británica de piezas del 15 había nueve hombres y diez caballos para servirla. Cuando los *boer* capturaron los diez cañones del coronel Long, los cargaron sobre un tren y los enviaron a Pretoria, donde se exhibieron como trofeo de guerra.



Al finalizar la «Semana Negra», Buller se encontraba totalmente derrotado. Al igual que la batalla de Saratoga primero y la de Dien Bien Phu después, la guerra de los *boer* demostró que si los ejércitos europeos aplicaban tácticas tradicionales en tierra extraña y frente a fuerzas guerrilleras se encontraban en desventaja. Los británicos tenían gran necesidad de adaptarse, pero Buller carecía de imaginación. Por lo demás, debía sufrir otras derrotas, en Natal, después de haber sido sustituido como comandante en jefe por el mariscal lord Roberts, cuyo jefe de Estado mayor era lord Kitchener. Roberts procedió inmediatamente a una reorganización completa de las fuerzas británicas. Sabía que los *boer* serían más móviles que sus tropas y que, para compensar esta inferioridad, sería necesario crear columnas de infantería montada. En resumen, era preciso movilizar toda la fuerza del Imperio británico para derrotar a los *boers*, cuyos efectivos no excedían nunca de 83.000 hombres y que no alineaban más de 40.000. En cuanto a las fuerzas británicas, que en 1899 no superaban los 25.000 hombres, recibieron en los años siguientes refuerzos llegados del Imperio, lo que elevó los efectivos a 50.000 hombres. Los británicos fueron generosos en la victoria y se avinieron a la reconciliación, de tal manera que en el transcurso de las dos guerras mundiales los voluntarios sudafricanos combatieron codo con codo con sus antiguos enemigos.

Soldados británicos observan la batalla desde la posición de una pieza naval del 12. Una gran parte de las tropas de Buller permanecieron inactivas y no dispararon un solo tiro.



Un comando *boer* en acción. Los hombres no tenían uniforme regular y su único equipo común era un Mauser y dos cananas que llevaban en bandolera.

